Breves historias de la Literatura; Cuando parecía el paraíso

Norberto Ruiz Lima

Capítulo 1

FLORES PARA HITLER, UN POEMA PARA GOEBBELS Y VERSOS DE LEONARD COHEN

Uno de ellos rompe su poema de amor cerca del muelle ***donde gente rubia carga chatarra en oxidados submarinos.*** El otro, en las calles de Viena vende sus dibujos; sobre todo, de edificios, casas y lugares públicos; ***mientras una negra con gran apetito le ayuda a pensar que él no era blanco; perdido en una oscuridad, el líder comenzó un discurso racial***.

El primero, con una cojera más que aparente que lo declaró no apto para su ingreso en el ejército alemán, ha estudiado filología clásica y no deja de escribir poemas cada noche. ***Se sentó sobre un poco de sal derramada y se preguntó si volvería a encontrar alguna vez las cicatrices de las farolas, úlceras de verja de hierro forjado.*** Ya terminó su doctorado en Heildelberg sobre el dramaturgo romántico Wilhelm von Schütz, dirigida por un profesor judío, Max Freiherr von Waldberg. Ninguna de sus obras vivirá ni una voluta de éxito.

El segundo, al que le apuntan una impotencia devenida durante la primera gran guerra y una desaforada afición a la pintura, ha dibujado cientos de cuadros y malvive como puede por las calles de Viena, vendiéndolos. ***Cuadros de SS despiertan en nuestras mentes donde comenzaron antes de que les canjeáramos a aquel reino factual y vacío que nosotros poblamos con las sombras que agitan nuestra paz interior.*** Ha intentado por dos veces ingresar en la Academia de Bellas Artes. Lo rechaza un profesor judío. No ha conseguido con sus dibujos ni una voluta de éxito.

Ni el primero logra ser escritor, ni el segundo dedicarse a la pintura. Han decidido organizar un partido político en Alemania. El segundo se hará con el timón del partido, pues son mayores sus inquinas; mientras que el primero se dedicará a la propaganda por su sólida formación en letras. Pero, claro, a nadie con dos dedos de frente se le ocurriría votar en un país tan civilizado como Alemania a dos fracasados artistas, llenos de rencor y con una desafortunada y velada preparación para la poesía romántica y la pintura geométrica. Podemos estar tranquilos.

Pasa el tiempo y setenta años después un poeta canadiense sueña, como en una pesadilla, que durante las elecciones de 1933 en Alemania, ese pintor de poco valor, inepto para el arte del dibujo, ha ganado las elecciones y es nombrado canciller en Alemania; y que el escritor y poeta frustrado se ha convertido en ministro para la Ilustración Pública y Propaganda. Hay que ver cómo sueñan los poetas: ***No importa. Aparecen como amapolas junto a las tumbas y las bibliotecas del***

mundo real. El vasto designio del líder, la inclinación de su barbilla parecen excesivamente familiares para las mentes tranquilas.

Menos mal que los sueños de los poetas nunca se cumplen y Europa vivió en paz el pasado siglo XX; porque claro, a nadie con dos dedos de frente se le ocurriría votar en un país tan civilizado como Alemania a dos fracasados artistas, llenos de rencor y con una desafortunada y velada preparación para la poesía romántica y la pintura geométrica. Podemos estar tranquilos.

LA FLOR DEL CIRUELO, LI QINGZHAO

Los libros, mágicamente a veces, llegan de ninguna parte; desde esa lejana ninguna parte que jamás soñamos visitar. En un paquete de color verde acabo de recibir noticias desde Li Cheng en la provincia de Shandong; ***como en un sueño mi alma regresa al paraíso, allí la dulce voz del cielo me pregunta adónde me dirijo***.

Si hay alguna poesía capaz de parar el tiempo en un instante, esa es la poesía china, los versos son como reflejos de la luna captados por el soplo de un relámpago, y la veo ***tras las cortinas que el viento del Oeste ondea; ella aparece tan grácil como un crisantemo.***

Li Qingzhao, ***pequeña flor mojada de rocío, rojo sobre los labios***, me acaba de escribir desde la barrera del Este una carta dentro de un sobre color diamante. Me envía un libro de poemas forrado en rosa con palabras de papel y tinta de mermelada y mora.

Me escribe y me cuenta que va huyendo de los bárbaros Jurchen que le pisan los talones; que arrastra como puede quince carros que ha logrado salvar de la barbarie, repletos de libros, caligrafías y pequeñas estatuas de bronce y mármol: raras son las flores y escasos sus perfumes. ***¡Es tanta la belleza que no puede describirse!*** Toda la cultura del Oriente vagando en quince carros, tirados por animales desesperados de sed y hambre, y acechados por quienes llevan las antorchas para reducir toda el arte a cenizas: ***Ocurrió, en consecuencia puede volver a ocurrir y puede ocurrir en cualquier lugar***. Primo Levy, siempre que tiene oportunidad me da razón de ello con un número tatuado en su brazo.

El mundo está aterrado, no hay persona que no esté desamparada; viuda y enferma, Li Qingzhao va pidiendo acogida y ayuda, como arena se deshacen sus quince carros de ilustración, sabiduría y progreso bajo los cascos de los bárbaros caballos: ***ahora ya vieja, me pregunto, ¿qué he hecho yo de mi vida? ¿Quién se apiadará de mí, de esta tristeza y soledad?***

Cuantas veces la poesía tirada por quince carros, bajo la tormenta y la lluvia, va huyendo, ancladas sus alas en la rudeza del barro, de la

barbarie y del fuego; pero esos bárbaros no aprenden nunca que los poetas siempre terminan planeando como volutas incandescentes sobre el tiempo y la historia y su voz es inextinguible; ellos se irán como lágrimas en la lluvia y los poetas permanecerán para siempre, bien quedó demostrado en un barranco de Granada: ***podría navegar allí en una barca ligera, pero quizá esta sea tan pequeña, tan frágil, que no pueda soportar el peso de tanta melancolía.***

Con un libro de pastas rosas y letras ininteligibles, envuelto en un papel color esmeralda, he regresado a China. Fue en un tiempo cuando todos soñábamos con estar donde estábamos, que es la única y verdadera prueba de la felicidad: ***Estoy donde quiero estar***.

NOSOTROS NO EMPEZAMOS EL FUEGO

Nosotros no empezamos el fuego, ya estaba ardiendo desde que el mundo gira, nosotros no empezamos el fuego. Pero intentamos apagarlo.

Estas clases de inglés, en las que ahora ando metido, con otros diecinueve valientes, para que no pueda decirse que yo no fui uno de esos hombres que pasó toda su vida estudiando ese idioma que los bárbaros sajones de más allá del Rhin llevaron a Britannia, me ha devuelto a la memoria una antigua canción de Billy Joel que, en un continuo recitado de nombres propios, alcanza a darnos una lección de Historia acerca de lo que ocurrió en el vertiginoso pasado siglo XX. Aquellos que sobrevivimos a ese último cuarto de siglo asociamos rápido nombres, vidas e historias; algunas, de lo más funestas, otras, no tanto.

Joseph Stalin, Malenkov, Nasser and Prokofiev, Rockefeller, Campanella, Communist Bloc, Roy Cohn, Juan Peron, Toscanini, Dacron, Dien Bien Phu Falls, "Rock Around the Clock", Einstein, James Dean, Brooklyn's got a winning team, Davy Crockett, Peter Pan, Elvis Presley, Disneyland, Bardot, Budapest, Alabama, Khrushchev, Princess Grace, Peyton Place, Trouble in the Suez.

¡Cómo apagar el fuego! Nosotros no lo empezamos, ya estaba ardiendo desde que el mundo gira y los que mandaban, ¡vaya panda!, tampoco ayudaron mucho. Pero intentamos apagarlo, a veces con conciencia y otras sin ella.

Harry Truman, Doris Day, Red China, Johnnie Ray

South Pacific, Walter Winchell, Joe DiMaggio

Joe McCarthy, Richard Nixon, Studebaker, Television

North Korea, South Korea, Marilyn Monroe

Rosenbergs, H-Bomb, Sugar Ray, Panmunjom

Brando, The King And I, and The Catcher In The Rye

Eisenhower, Vaccine, England's got a new queen

Marciano, Liberace, Santayana goodbye.

We didn't start the fire.

It was always burning since the world's been turning.

We didn't start the fire.

No, we didn't light it, but we tried to fight it.

No, nosotros no empezamos el fuego; pero donde fuimos, intentamos apagarlo.

Little Rock, Pasternak, Mickey Mantle, Kerouac, Sputnik, Zhou Enlai, Bridge On The River Kwai, Lebanon, Charles de Gaulle, California baseball, Starkweather Homicide, Children of Thalidomide, Buddy Holly, Ben-Hur, Space Monkey, Mafia, Hula Hoops, Castro, Edsel is a no-go, U-2, Syngman Rhee, payola and Kennedy, Chubby Checker, Psycho, Belgians in the Congo.

Voy a aprovechar mis clases de inglés para recordar parte de la historia que he vivido o me contaron quienes la vivieron: Billy Joel o cómo dar una clase de Historia Contemporánea en una canción de cinco minutos.

El mundo sigue girando y ardiendo; nosotros no lo empezamos. Yo, que tuve la suerte de que mi padre fuese marino mercante y viviera en veinte países, y que por mi trabajo también me fuera permitido conocer algún que otro lugar en llamas; voy a recordar, con una canción de cinco minutos, fuegos pasados: ***Birth control, Ho Chi Minh, Richard Nixon back again, moonshot, Woodstock, Watergate, punk rock Begin, Reagan, Palestine, Terror on the airline, Ayatollah's in Iran, Russians in Afghanistan, Wheel of Fortune, Sally Ride, heavy metal suicide, Foreign debts, homeless Vets, AIDS, crack, Bernie Goetz, Hypodermics on the shores, China's under martial law, Rock and Roller cola wars, I can't take it anymore.***

Como esto no tiene arreglo, ***It was always burning since the world's been turning.We didn't start the fire. No, we didn't light it, but we tried to fight it***, voy a apagar el ordenador y salgo a tomar una copa en el primer pub que tenga a mano; igual me encuentro a alguien que no

piense como yo, que no tenga mi religión, que le gusten otros libros o incluso que no le guste ninguno, y puede que con suerte hable un idioma diferente y tenga que hablar con él en esa lengua franca que trajo el siglo XX y que ahora estudio; para que no se diga que yo no fui uno de esos hombres que pasó toda su vida estudiando ese idioma que los bárbaros sajones de más allá del Rhin llevaron a Britannia.

Para no cambiar, mientras me visto, sigo escuchando a Billy Joel, y su hombre del piano...

LA BANDERA DE LA VIDA

Hay lugares donde las banderas se visten con su verdadero significado, con su auténtica forma, con su razón de ser; y es en esos territorios, y no en otros, donde sus colores, ***cuando asqueados de la bajeza humana, cuando iracundos de la dureza humana***, son capaces de representar, por un momento y por una feroz circunstancia, la paz, la calma, la tranquilidad y el sosiego allá donde sólo hay dolor, destrucción y muerte.

Acabábamos de dejar el Neretva, que nos guiaba por toda la ruta de los españoles, y entramos en el bulevar de Mostar, desolado, como siempre, en esto se nos acerca una mujer, que sale de una casa semiderruida por los bombardeos, y nos dice: no sabes la alegría que nos da cuando vemos esa bandera. Le señalo la de la ONU y nos dice: no, la otra, la amarilla y roja. Es la bandera de la vida.

Nadie podría haberla definido mejor; y jamás en España, ni con un concurso de lemas, hubiera salido uno tan bonito y tan cierto.

Con esa bandera, la bandera de la vida, llevando plasma sanguíneo al hospital musulmán de bosnia murió un joven amigo, Jesús Aguilar, ***recuérdalo tú y recuérdalo a otros, que sin conocer esa tierra, para él lejana y extraña toda, escogió ir a ella, y en ella, si la ocasión llegaba, decidió apostar su vida***; y con esa bandera, la bandera de la vida, tratando de salvar a civiles no combatientes, murió otro joven amigo, Arturo Muñoz Castellanos, ***juzgando que la causa allá puesta al tablero, entonces, digna era de luchar por la fe que su vida llenaba*** . Y Ángel Tornel y Fernando Casas, a quien apenas tuvimos tiempo de poder despedir en Divulje, que anduvieron interponiendo sus cuerpos y la bandera de la vida, ***cuando asqueados de la bajeza humana, cuando iracundos de la dureza humana***, supieron que la causa por la que morían era noble y digna de luchar por ella.

Y así ha sido desde entonces. En Bosnia, El Salvador, Kosovo, Líbano, Guatemala, Afganistán, Iraq, Mali..., donde muchos soldados españoles, que uno ya es un número inabarcable, dejaron sus vidas.

Esa bandera no tiene raza, que no pocos de los nuestros la defienden hasta morir, que bien los he visto en Bosnia, Líbano, Mali, o el sur de Turquía, y su piel es la que le dio su madre cuando lo trajo al mundo, mientras que vi a pocos puros por esos caminos de Dios; **esa bandera no tiene religión**, que bien se lee la Biblia, el Corán y la Torah en los cuarteles y en las misiones porque si nunca has rezado, vete con la Agrupación Canarias a Bosnia en el año 1993 y verás lo rápido que aprendes; **esa bandera no tiene ideología**, quien así lo cree se equivoca, esa bandera es de todos, y si alguna ideología la toca, yo la maldigo. Porque es la bandera que va con la ley, la de todos; la justicia, la de todos; y la paz, la de todos. Incluso la de esas tierras lejanas y extrañas que no conocíamos y donde muchos apostaron en ellas sus vidas.

He dado algunos nombres, pero son cientos, aunque uno sólo es suficiente, uno, ***uno tan sólo basta como testigo irrefutable de toda la nobleza humana***. Sé que Cernuda también escribió para ellos su poema ***Recuérdalo tú y recuérdalo a otros***, y eso hago yo aquí, recordarlo, haciendo caso a tan gran poeta.

Veo venir a una mujer que nos saluda con la mano y nos dice: ***No sabes la alegría que nos da cuando vemos esa bandera por la carretera***. Le señalo la bandera de la ONU y nos dice: ***no, la otra, la amarilla y roja. Es la bandera de la vida.***

LA OCASIÓN DE JUAN JOSÉ SAER

Tampoco a mí me caen bien los positivistas. Reniego de todos ellos, que trataron de borrar la magia del mundo de un plumazo y de asfixiar los espíritus que lo ordenan en su confusa arquitectura con las simples leyes científicas basadas en la observación y en la experimentación; en el cálculo, la física, la química y el álgebra. A Bianco lo obligaron a irse de París tras una velada en un teatro que convirtieron en una fábula de la ignominia porque no salió bien aquello de mover la materia con el pensamiento; y a mí me obligaron a caer en los brazos de la literatura decimonónica durante unos años, el tiempo que tardé en cansarme de maldecirlos, a ellos y a sus fórmulas, con las que pretendían adivinar el significado del mundo, su origen y su devenir.

Bianco huyó a la Argentina y yo me enrolé en el ejército; nada hay más grave en esta vida que huir de los positivistas; están por todos lados, los políticos, los hombres de negocio, la gente de ciencia, los jóvenes investigadores, los periodistas; en resumen, todos esos clanes de gente pragmática, tan práctica que confunde consecuencia con beneficio, y esencia con materia. Gente que nunca entendió la magia de las pequeñas cosas, el alma de las estrellas, incapaces de adivinar la cualidad de las

cosas y empeñados en averiguar su cantidad.

Al final, Bianco terminó pareciéndose mucho a ellos, se ha comprado tres caballos y un revólver y se dedica a recorrer los campos; en seis meses no durmió una sola vez bajo techo; y eso que en la Argentina pensó que **él podía tomarse la revancha escribiendo contra los positivistas, que una velada en un teatro no puede no ser aniquilada por el tiempo sin dejar rastros, pero que un escrito, una suma de pensamientos concatenados y puestos uno debajo del otro sobre una hoja blanca y después multiplicados por la imprenta, era algo indestructible**. En eso se equivocaba Bianco, y Juan José Saer lo sabía, porque cualquier escrito no es indestructible; sino solamente aquellos que construyen un andamiaje perfecto en su morfología, sintaxis, fonética y semántica; y ese talento está en manos de muy pocos; Juan José Saer entre ellos.

Bianco está dispuesto a hacerse rico, (que es la única manera de tener en todo momento razón) y *para eso sabe que tiene que conocer y en cierto sentido dominar la tierra en la que va a instalarse y los hombres que la habitan*; conocerlos o la conquista con la fuerza de las armas del bien ajeno; y no estaba en condiciones de apurar esta última opción. *Se ha exhibido en los campos desiertos, ha recorrido varias veces el perímetro de su tierra para marcar su territorio, para hacérselo saber a los otros.*

Después de marcar sus tierras se ha construido una casa; primero, un chamizo; y luego, una mansión, tiene cabezas de ganado, (*el gobernador es un excelente hombre de negocios. Gracias a él ya he conseguido reunir mis primeras mil cabezas de ganado*), y piensa en alambrar el desierto cuando nadie alambra la Argentina, poniendo cercas en el cielo. *El campo suyo está pegado a los nuestros, ¿no es verdad?*

Ha conseguido la amistad del doctor Garay López, (*¿los Garay López? Son los dueños de todo*), casi por casualidad y por una herida en un dedo que el médico consiguió que no tuvieran que amputárselo. Ya tiene un buen amigo; y ahora busca una mujer y una estirpe, que la riqueza siempre está condicionada por la reproducción, y rápido pone sus ojos en la joven Gina, sin tardar un segundo, nada más verla, en entrar en negociaciones con su padre, y sin saber que *ella es la verdadera trampa en la que ha caído y que a su lado la que le tendieron los positivistas en París es una inocente broma de estudiantes*.

El triángulo Garay López, Gina y Bianco viaja en imágenes por la novela de Norte a Sur y de Este a Oeste, desde que este último al entrar en su casa vio a su joven esposa sentada en el sillón fumando un puro con un exceso de gozo en presencia del doctor Garay López, y se imagina el mundo entre ellos; mientras espera reconocer con cada gesto la realidad de lo sucedido. Sin pruebas empíricas no hay verdad, reconociendo sin querer su derrota ante los positivistas; así que espera que cuando nazca su hijo se destape la verdad según su color de pelo; si es moreno o si es

pelirrojo.

Pero esta novela no es un tema, esta novela no es una historia, esta novela es forma literaria, que es lo que de verdad domina Juan José Saer y es *La Ocasión* para que las palabras exactas con su forma minuciosa y su significado inconstante estén dentro de una novela donde deben estar. La trama es secundaria cuando la forma es precisa, qué me importa *si estoy sin duda en mi casa de París, durmiendo junto a una de mis queridas, después de un baile en la embajada, en el que abusé un poco del champagne probablemente, y me he puesto a soñar, con imágenes despedazadas e incoherentes, que tuve una escaramuza con los positivistas, que me fui a Normandía, a Sicilia, que me hice adjudicar unos terrenos en la llanura, en el fin del mundo, que conocí a un médico llamado Garay López, a una mujer que se llama Gina, que me casé con ella, que hay una fuerza adversa que por razones oscuras busca destruirme, que hay una epidemia en una ciudad y que ahora estoy en un espacio vacío, gris y beige, en el que ocurre nada, aparte del silencio propio de los sueños, del sueño de alguien que soy yo y que no sabe que está durmiendo en su cama, en un lugar que se llama París, que se llama mundo.*

Ya saben, a mí tampoco me caen bien los positivistas.

SUFRIENDO LOS MELINDRES DE BELISA, CON LOPE DE VEGA

Aunque a los telegramas azules se los haya comido la modernidad de la fibra óptica, y ya nadie guarde junto a amarillas fotografías un papel rugoso azul que lleva pegado un cuadradillo blanco con las notas del telegrafista, con un consumo de signos mucho menor que los ciento cuarenta caracteres que permite el tweeter; afortunadamente, esta imparable modernidad técnica no ha terminado con esas cartas mataselladas que un funcionario de correos deja en tu buzón que, ahíto de publicidad y propaganda, respira con hondura y satisfacción cuando recibe, de higos a brevas, una carta con olor y sabor de carta.

Y el martes, recibí una bella carta, "Santo Dios", me dije, "Correos existe", todavía las máquinas no han podido con él, no lo han destruido; y el futuro, siempre en manos de jóvenes talentos, no ha sido capaz de vencer a esos antiguos correos que, desafiando a la fortuna y a los tiempos, atravesando fuertes y fronteras, llegaban donde nadie llega: al corazón de las personas; a veces, de la luz; a veces, de las tinieblas. No me equivoqué cuando supuse que esa carta sólo podría ser obra de un viejo profesor, al notar al tacto que había un pequeño volumen acompañándola dentro del sobre matasellado en Toledo. Al abrirla me alegró ver que el profesor de Literatura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Castilla-La Mancha, Francisco Crosas, Kiko, se había encargado de la

edición, prólogo y notas, en un pequeño volumen, de la comedia de Lope de Vega, *Los Melindres de Belisa*; y que recordando, nuestras lecturas durante los muchos años que viví en Toledo sirviendo a mi señor Garcilaso, me la había hecho llegar a lomos de un viejo correo con una cartera de cuero llena de telegramas azules y sobres satinados.

Así que, por mor de la carta de un viejo amigo, no he tenido más remedio que acudir, como si fuera una tarde de fiesta, al teatro de corral a divertirme y a aprender, ***que del Rey abajo, todos***, de una comedia de enredo donde el amor, siempre ayudado por una belleza física, exagerada a la atracción, convierte los deseos en pasión y las pasiones en enredo: ***Ya mis melindres cesaron, ya mi arrogancia paró, y el Cielo me castigó;*** eso sí, para que los espectadores no tengan ninguna tendencia a desmandarse, siempre dentro de prohibiciones absolutas de clase: ***¡Un esclavo adoro!, prenda que a mi madre trujo un alguacil; ¡Dios se lo demande! Yo quise guardarme diligencias hice, pero poco valen en estas prisiones.*** Belisa, que a causa de la pasión, pierde todos sus melindres con los hombres; Lisarda, su madre viuda, también cae a los pies del esclavo Pedro.; y, cómo no, Flora, la sirvienta de la casa también bebe los vientos por él.

Pero ninguna de las tres sabe todo lo que sabe el espectador y que da tanta fuerza a la comedia de enredo: que Felisardo no es un esclavo, sino un caballero y que está casado con la dama Celia, que tiene que hacerse pasar por esclava morisca para ayudar a Felisardo: ***Tú esclavo y yo esclava; que si de mi honor recelas, ofensa tuya es locura, y para mi honor la ofensa. la desdicha que nos sigue nos confirma por esclavos. ¿Cómo? Que hoy nos ponen los clavos. Pero, ¿que puede haber que obligue a tal desatino?*** Y el espectador, dice: los celos, Zara o Celia, los celos.

Para seguir con el enredo Don Juan, el hijo de Lisarda y noble de la casa, pierde la cabeza por la esclava Zara, Celia disfrazada de morisca y de belleza sin igual: ***Casarme tengo con ella; que si antes era tan bella, ahora herrada lo es más. No es cristiana, no podrás. Podré dar pena a Lisarda.*** Y si no, robo la esclava. ***Tú has sido mozo y sabes que amor puede, en tierna edad, hacer estas locuras.***

Todos quieren casarse con los esclavos, de ahí el enredo que Lope maneja con mano maestra, sobre todo en una escena que tiene lugar cuando se van las luces de la casa, durante la noche, y todos los protagonistas hablan entre ellos, sin adivinar que los está oyendo la persona equivocada, pero el espectador lo sabe, con la vergüenza de cada uno al sentir que ha abierto su corazón a su enemigo. ***Oh, noche, madre de errores, que a la persona equivocada dije amores.***

Todos quieren casarse con los esclavos pero ninguno puede, porque las clases sociales en tiempos de Lope eran más estancas que una cámara de

descompresión, así la sufría parte de la sociedad; (igual ahora tampoco han cambiado tanto las cosas). Pero adivinen, quién es la única persona, aunque con remordimientos, que puede casarse con un esclavo; efectivamente, ¡la viuda!, que decide ponerse el mundo por montera y casarse con el joven y bello esclavo, ya que tiene medios económicos para ello y una edad que no le da mucho margen, sin saber lo que el espectador sabe: ***Ya no soy madre mimosa, ya no lloro ni me acabo; aunque fuese de un esclavo será más honesta cosa. Quiero, pues que moza soy, tener quien mire por mí. Hacienda tengo. Es ansí.*** Es la hacienda la que da la libertad a la mujer, ya se dio cuenta Lope hace más de 400 años.

Menuda boda se prepara. Lean, lean ***Los Melindres de Belisa.***

Pero, bueno, Lope, en el corral no se atreve a que su aprender deleitando, lleve a la revolución; por eso los esclavos serán un principal caballero y una distinguida dama disfrazados, y no esclavos de verdad, por si acaso alguna boda sale bien, no crea la plebe que puede casarse con un noble, así como así. Que el enredo está bien siempre que agrade del Rey abajo a todos.

Gracias, Kiko, por llevarme otra vez con Lope en esta edición de RIALP. Echo de menos nuestras conversaciones por Toledo. Las anotaciones del libro, como siempre, esclarecedoras.

VOLTAIRE, EL CÁNDIDO, Y EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES

Andar por París con François-Marie Aròuet significa meterse en líos. Pero, ¡cómo renunciar a ellos si la recompensa es llegar a conocer a un filósofo de la talla de Pangloss y a un literato llamado Martín, ***que había estado escribiendo a destajo por encargo de los libreros de Ámsterdam, tarea que le pareció la más a propósito para aburrir a un cristiano y hacerle apetecer la muerte!***

François-Marie me llevó por el barrio latino, donde me pagó un menú de pobre; sinceramente yo esperaba algo más, pero como todo el mundo sabe, los nobles no se prodigan mucho en la opulencia ajena; y aunque algunos lleven sangre revolucionaria en las venas nunca pierden sus instintos ni ante la avaricia ni ante la lujuria.

Primero apareció Pangloss con la cara y el cuerpo arrebatados por esa enfermedad innombrable que recorre todos los caminos, desde las míseras pensiones de París hasta los más fabulosos castillos de Alemania, como el de Thunder-tentrounckh.

Tras una rápida presentación inicial, Pangloss comenzó a hablar como si debiera las palabras: ***no hay efecto sin causa, y este mundo es el mejor de los mundos posibles. Las cosas no pueden ser de otro***

modo que son, porque habiendo sido todo formado para un fin todo es y existe necesariamente para un fin mejor.

En ese momento una vichisuá caliente que desprendía su benefactor aroma por todo el restaurante le hizo esbozar una sonrisa y afirmar con fuerza: ***¿Ves?, éste es el mejor de los mundos posibles.***

"Pero, señor Pangloss", le interrumpí; "acaso no ha tenido bastante con cuanto les ha ocurrido a usted, a su señor Cándido, a la señorita Cunegunda y a toda la familia del castillo de Thunder-tentrounckh. La señorita Cunegunda fue mil veces violada en el ataque, luego lacerada con un cuchillo, después sometida a esclavitud en manos de dos viejos lascivos; y ahora vaya usted a saber cómo andará sufriendo su carne. El señor Cándido fue expulsado del castillo, sometido a violencia por los búlgaros con latigazos infinitos, al robo y al escarnio por todo aquél, juez, comerciante o soldado, con el que se cruzaba en su camino, y a la desolación más lastimera; y usted mismo, primero fue atacado por esa enfermedad que a oscuras le transmitió la joven esclava Paulita, perdió un ojo, luego fue malamente ahorcado en Lisboa, para más tarde ser atado a un remo en galeras y sometido a la más cruel de las esclavitudes. ¿Tanto dolor en el mejor de los mundos posibles?"

¡Cómo no ha de ser!, respondió Pangloss, sin admitir objeciones a su sabiduría, ***y bien que pueden coexistir libertad y determinación en este mundo.***

En ese momento entró el literato Martín que esbozó una sonrisa al ver a Pangloss, a quien imaginaba viviendo el mejor de los mundos posibles mientras era cosido a latigazos, metido en un caldero a fuego lento de los indios orejones, a punto de ahogarse en un naufragio o de morir en el terremoto de Lisboa.

"Vaya, señor Pangloss", dijo, "lo imaginaba disfrutando del mejor de los mundos posibles en el que cualquier daño es causa para un fin mejor. Del refranero popular convendría borrar con un tizón ardiendo, sobre la boca de quien los pronuncia, esos dos refranes que sólo buscan apaciguar al dañado y serenar las respuestas: *No hay mal que por bien no venga o cuando una puerta se cierra una ventana se abre*. Ningún mal trae un bien, ni ninguna puerta trae ninguna ventana; un mal es un mal y una puerta es una puerta, señor Pangloss. ***Yo no he visto ciudad ninguna que no desee la ruina de otra ciudad inmediata, ni familia que no quiera ver el exterminio de otra familia. En todas partes los débiles maldicen a los poderosos y gimen a sus pies, en todas partes los poderosos tratan a los débiles como rebaños de carneros, de quienes venden la lana y la carne. En una palabra, señor mío, tanto he visto, tantos trabajos han pasado por mí, que***

con su buena licencia de usted yo soy maniqueo."

Con Pangloss y Martín en la misma mesa la noche se prometía larga, con idas y venidas entre mundos perfectos y mundos horribles.

Cuando cayó entera la noche, Jorge, después de echarme en cara que estaba hablando solo, se durmió entre dos sillas. Yo, que llevaba en un bolsillo una traducción del *Cándido* de Voltaire hecha por Leandro Fernández de Moratín, la saqué y comencé a leer; y viendo a Jorge, que parecía tan dichoso, dormir en París sobre dos sillas en un bar del barrio latino, me dio por pensar que, seguramente, no vivimos en el mejor de los mundos posibles, pero sí en un mundo en el que son capaces de producirse las mejores y las peores formas de existencia, la mayor felicidad y la peor desventura, el mayor gozo y el peor dolor; probé un sorbo de ron, miré a Jorge y pensé que, al fin y al cabo, Leibtniz y Voltaire pudieran los dos tener razón.

EN MEDIO DE NINGUNA PARTE, EL INFIERNO SEGÚN COETZEE

Una madrugada, sobre las cuatro de la mañana, recibí la llamada de un poeta irredento, de esos que no duermen y suelen acompañar los endecasílabos con un gin-tonic y hermosa compañía, en este caso masculina. Nada más coger el teléfono, y adivinar su voz, supe que quería llevarme a algún lugar donde yo no había estado:

- Norberto, ¿quieres conocer el infierno?

- ¡Claro!; pero te advierto que ya estuve en todos los anillos de Dante y no me sorprendió nada, salvo la maravillosa manera de componer versos.

- No, este es el infierno de verdad. Donde uno hasta llora por sí mismo ***lágrimas por la vida que no ha vivido.***

- Pues dime dónde está que quiero ir enseguida.

- Lo tengo en casa, pásate por él cuando quieras. pero date prisa porque ***tantas penurias, tanta soledad hacen de uno a la postre un animal.***

- ¿Después de despertarme de madrugada preguntándome si quiero conocer el infierno, crees que no voy a levantarme y a ir volando a tu casa? Me imagino que puedo ir ahora.

- Por supuesto. Te esperamos. a ver si tú adivinas ***qué se debe hacer para salvarse del tedio de la existencia.***

Cuando dijo te esperamos, no sabía si estaba acompañado de su pareja del momento o de algún habitante del infierno que le trajo el libro que

quería enseñarme.

La madrugada vestía limpia y oscura, llegué rápido a su casa y allí estaban esperándome con el libro en la mano.

- Aquí lo tienes. Aquí está el infierno, te dolerá como nada que hayas leído antes. ¿Quieres tomarte algo?

- Teniendo en cuenta la hora que es y que no estoy dispuesto a volver a mi cuarto a dormir, te agradecería un ron con coca-cola; sabes que nunca abandono una conversación de madrugada sobre libros.

- ¿Quién es el autor?

- Es sudafricano.

- Lógicamente será blanco, afirmé. Allí todavía las letras no han alcanzado la negritud y la libertad.

- Ya les están llegando esperanzas.

- Demasiado lentas, y con Mandela, llegará sin guillotina- le dije- y una revolución sin guillotina siempre deja las cosas como están. Mira tú España, eso fue lo que le faltó a nuestro siglo XIX, la guillotina.

- Y eso que todavía no te has tomado tu copa de ron.

- A ver, veamos ese infierno.

- Aquí lo tienes J.M. Coetzee, *En medio de ninguna parte*, *In The Heart of the Country.* ***En ese país, en esa tierra no estaba previsto que vivieran seres humanos.***

- El infierno, que hasta ahora han pintado los escritores suele estar siempre alimentado por la soledad mal acompañada- le digo.

- Pero aquí es peor, mucho peor. Cuatro personas, dos amos y dos esclavos, apenas se adivina el color. El amo vive sin valores, dueño de cuerpos y haciendas, de los suyos, de su hija y de los esclavos. Su hija es la verdadera habitante del infierno, un solitario infierno que quema almas y cuerpos. En un lugar inhóspito, donde duele la soledad de Magda, la protagonista, ***¿qué debo hacer para salvarme del tedio de la existencia? Además están los días, días de algo que hay que llenar para que vayan pasando, días carentes de todo propósito.*** Ninguno de los tres (Hendrik y Anne, esclavos, y ella misma, esclava de su soledad y de su padre) son capaces de encontrar su propio camino.

Me terminé la copa, agarré el libro y me despedí de mi amigo poeta y su pareja.

Al abrir el libro por una página al azar como siempre hago cuando cojo por primera vez uno entre las manos, pensando que esas primeras palabras son solo para mí, leí: ***¿Sentiría alguien la tentación, me pregunté, de visitar un lugar de la tierra cuya invitación resultaba tan clamorosamente mísera, obra de una criatura tan palmariamente solitaria?***

Me llegó la frase como una premonición. Este sí que va a ser el infierno de verdad, me dije, aunque hasta ahora he podido luchar contra él con las armas del amor y la compañía sincera. Aunque la pobre Magda no tiene a nadie, está perdida.

Este libro no lo puede leer quien no quiera sufrir al ir a visitar el infierno.

¿Será señal de mi inocencia el hecho de que sienta mi confinamiento solamente en cuanto sufrimiento y de ninguna manera en tanto crimen contra mi cometido?

Y CERVANTES ME ESCRIBIÓ TELEGRAMAS AZULES

Uno ya no está acostumbrado, (maldita wifi), a recibir ni cartas ni telegramas azules, esos que iban de Sur a Norte, y que mandaba el viejo marino cuando tocaba tierra en esos lugares mágicos que en el pasado anduvieron llenos de cautivos cristianos, algunos de ellos mancos. *Vacaciones día veintitrés. Se recupera Norbe? Besos.* ***Bassora****. Espero estéis bien. Anda ya Lola? Besos.* ***Estambul****. Ya tiene dientes Tai? Besos.* ***Bizerta****. Ganas de veros. Estefi está mejor? Besos* ***Casablanca***... ***Aquello fue cuando nuestra casa***, como recitaba Scherezade, ***era el mundo***.

Pero esta semana recibí una carta que me evocó a uno de esos telegramas azules, que iban de Sur a Norte; la firmaba el Director de la Real Academia de la Lengua, el señor Darío Villanueva, y en ella daba las gracias al periódico en el que trabajo por el opúsculo publicado recientemente y en el que se recogían todos los artículos y colaboraciones solicitadas a escritores y personalidades de la cultura, y que durante todo el año del Centenario del soldado, del escritor y del manco más universal, se fueron publicando mensualmente en el Periódico *Tierra*. Así que esta semana, por gracia de Cervantes, he vuelto a recibir telegramas azules.

El periódico decidió pasar un año, que cuatrocientos años no es nada, con el más humano de los caballeros, y siguió sus pasos desde el Tercio Lope de Figueroa, donde combatió en Lepanto como soldado aventajado, hasta el descubrimiento de sus restos en el convento de las trinitarias cuatro siglos después. Esa orden Trinitaria a quien Cervantes debía su bien más

preciado: la *Libertad*; ***La libertad, Sancho. Es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualárselos tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida…***

En el acto oficial que tuvo lugar en las Trinitarias estaban formados aquellos soldados descendientes de los viejos Tercios de infantería que bien sabían que ningún rencor les guarda ya don Miguel, a quien ahora cubren de honores; a sabiendas de que varias veces solicitó puesto tanto en Tercio como en las Indias y siempre le fueron denegados. En 1582 solicita plaza vacante en las Indias, pero le es denegada de mala manera y en 1590 vuelve a solicitar vacante en las Indias y le es denegada con un: ***Busque por acá en que le se haga merced.***

El viejo soldado, victorioso en Lepanto, cinco años cautivo en Argel, buscó su merced en la imaginación y encontró el mayor de los tesoros posibles: *el descubrimiento del alma humana*. Tal vez porque vivió grandes victorias como aquella ***más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, y al que acompañó***, en palabras de Darío Villanueva, ***tenazmente también el fracaso y que al fin de sus días, después de haberse desgastado en afanes indignos de su talento, dio a luz una obra genial.***

El *Tierra*, que tiene el mismo nombre, aunque viajando por caminos diferentes, que el periódico que editaba a principios del siglo pasado Ramón J. Sénder, se llenó durante un año de Cervantes y Quijotes y, sobre todo, de caballeros.

Darío Villanueva, un caballero, escribió sobre los documentos autógrafos que presentó la Real Academia de la Lengua en el centenario; ***en diez de ellos***, escribe, se ***hablan de las fatigas, de los sinsabores e, incluso, de las miserias que, entre 1588 y 1591, Miguel de Cervantes hubo de sufrir por tierras andaluzas como comisario real para el aprovisionamiento de las galeras de Su Majestad. Son cuentas de gastos menudos, de arrobas de aceite, de partidas de trigo y cebada, cuando no peticiones judiciales referentes a pleitos surgidos a raíz de sus gestiones, o alegaciones, alguna de las cuales hace ya desde la prisión de la que espera, "si Dios fuere servido", salir "presto".***

Ana Santos Aramburo, Directora de la Biblioteca Nacional, no dudó en coger la adarga antigua y la armadura que la convertía en caballero, pues ahora son nuevos tiempos y no hay lugar donde no pueda llegar una mujer; aunque aún quede mucho trabajo por delante. Ana Santos nos enseñó en su artículo cómo recordar a Cervantes con otros ojos: ***Recordar la figura de Miguel de Cervantes hoy, cuatrocientos años después de la muerte de un hombre a cuyo entierro no acudió***

prácticamente nadie, porque ese mismo día el pueblo de Madrid acudía masivamente a la rogativa a la Virgen de Atocha para que acabase la sequía, obliga a reflexionar sobre una serie de cuestiones que abarcan algo más que su excepcional obra literaria.

José Calvo Poyato, escritor y caballero, nos contó que como soldado**,** ***Cervantes fue honrado y valiente, virtudes que exalta en más de una ocasión en el Quijote. Una valentía y honradez que puso de manifiesto en un hecho menos conocido que las heridas de arcabuz que recibió en pecho y brazo en Lepanto. Nos referimos al hecho de que en vísperas de aquella batalla, Cervantes se encontraba enfermo, estaba aquejado de fiebres. Su capitán y compañeros le instaron a permanecer a cubierto durante el combate. Se negó replicándoles que prefería morir luchando por su Dios y por su rey que estar a resguardo mientras sus compañeros de armas arriesgaban su vida. Pidió a su capitán combatir en el sitio de más riesgo y peleó en el esquife.***

Juan Granados, escritor y caballero, nos explicó cómo trata Cervantes en su Quijote las vidas de caballeros de fábula como Don Cirongilio de Tracia o Félix Marte de Ircania en contraposición a las historias reales de grandes soldados como el Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, y la vida de Diego García de Paredes, el Sansón de Extremadura: ***quemar? …/… mas si alguno quiere que-mar, que sea ese del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de esotros.***

Fernando Martínez Laínez, escritor y caballero, nos acercó a la misión secreta de Cervantes en Argelia: ***Existen pocos datos sobre el verdadero contenido de la acción secreta que llevó a cabo el escritor en Berbería, que tenía que ver con la tregua que España y Turquía negociaban bajo cuerda en el Mediterráneo. Todo apunta a que Cervantes, vuelto a España, pidió a Mateo Vázquez que siguiera contando con sus servicios en misiones de inteligencia, algo que, por razones que ignoramos, no se concretó. Lo cierto es que, una vez fracasadas esas aspiraciones, Cervantes cambia las armas por las letras y reafirma su voluntad de emprender carrera literaria. Una decisión que don Quijote de la Mancha y la posteridad le agradecerían.***

Francisco Crosas, profesor y caballero, escribió sobre la justicia en El Quijote, esos grandes valores que viven siempre tanto en la realidad como en la imaginación, esos grandes valores y esa ética que componen siempre la base de la totalidad de las cosas reales o irreales: ***también hay una "justicia" poética… Los personajes, sean elfos o soldados de los tercios de Flandes, deben ser cabales, creíbles; su conducta —buena o mala— debe estar regida por una coherencia moral, sin***

la cual la obra literaria queda coja. Esta se cumple maravillosamente en el Quijote; a pesar de la parodia, don Quijote se sale con la suya: con golpes o con caídas, el caballero acaba siendo un campeón de la Justicia en un mundo mediocre. Y esa grandeza se aprecia mejor en la Segunda Parte (el Quijote de 1615).

Ulises Bértolo, escritor y caballero, nos llevó por el barrio de las Letras, dando mandobles con la mano izquierda de Cervantes: ***imagino que Cervantes observa su mano izquierda, inerte por culpa de un arcabuzazo, esa misma que muchos decían cercenada de cuajo y por la que lo llamaban manco, pergeñando un punto de vista sobre otro hasta convertir la realidad en algo verdaderamente complejo. Luego imagino que cierra la diestra alrededor de una pluma y respira aliviado antes de comenzar a manchar el papel con las primeras letras de tinta, pues a pesar de que fue sentenciado a perderla por haber acuchillado a un forastero en Madrid, consiguió eludir el corte huyendo a Sevilla para embarcarse hacia Italia.***

Carlos Belloso, profesor y caballero, nos explicó cómo era Cervantes, pues parece que sólo Cervantes sabía quién era Cervantes: ***Yo sé quién soy*****.** Pero el profesor Carlos Belloso, por boca de Francisco Márquez, amigo de Cervantes y comisionado por Gutierre de Cetina para la censura del libro, nos clara un poco más quién era Cervantes**:** ***Preguntáronme,*** unos franceses por el autor del libro El Quijote***, muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Hálleme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a lo que le respondieron: Pues, ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público? (…) Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo.***

¡Pero hombre, esto es España!, ¿cómo va a tener España muy rico y sustentado a un hombre como Miguel de Cervantes?, ¡Por Dios, en qué cabeza cabe! Morirá pobre, lleno de frustraciones, nada reconocido, tullido por su país, abandonado por sus compatriotas y denostado por sus compañeros de letras.

Ya ven, en estos tiempos de wifi, de vez en cuando, uno recibe telegramas azules, que van de Sur a Norte, muchas gracias caballeros Darío Villanueva, Ana Santos Aramburo, José Calvo Poyato, Juan Granados, Fernando Martínez Laínez, Francisco Crosas, Ulises Bértolo, Carlos Belloso por haber metido el alma de Cervantes en el periódico Tierra y que haya llegado a todos los viejos Tercios de España, herederos de aquellos soldados de los tiempos de don Miguel de Cervantes. En los centenarios de escritores o en los años de los poetas o siempre, no debemos de

olvidar el seguir escribiendo telegramas azules que vayan de Sur a Norte.

LA NOCHE QUE LLEGUÉ AL CAFÉ GIJÓN, FRANCISCO UMBRAL

Cuando llegué a Madrid, por primera vez, no ***era una ciudad tomada por la literatura, minada de cuevas literarias y vocaciones obstinadas; ¡que va!*** Me fui a vivir inicialmente a una pensión que estaba situada en una pequeña calle perpendicular a la Avenida Cardenal Herrera Oria, y en una habitación triple dormíamos dos señores muy educados; de unos cincuenta años, que trabajaban temporalmente en Madrid, uno camionero, otro albañil; y yo. Solíamos cenar juntos de medios menús en un restaurante, por llamarlo de alguna manera, cercano a la pensión. No había para más.

Para mí, un joven de dieciocho años, que salía por primera vez de la Argónida a preparar unas oposiciones con un exceso de asignaturas de ciencias, Madrid fue un pequeño purgatorio, saneado con leves escapadas al Gijón. Yo conocí el café Gijón gracias a Francisco Umbral y entré por primera vez en él un domingo de noviembre de 1982, fundamentalmente por ver si me encontraba con Catherine Bassetti.

"Vete mejor a Malasaña", me decían mis compañeros de preparatoria, "ahí es donde está la movida". Nunca fui a Malasaña. Eso me perdí. ***Uno no había descubierto todavía que vale más el amor de una chica de droguería, con su riqueza de perfumes, que la posteridad de Cervantes incluso.*** Son esas cosas que uno aprende con el tiempo y que el tiempo no lo ayudará nunca a recuperar, porque ***¿qué se puede hacer en ochenta años? Probablemente, empezar a darse cuenta de cómo habría de vivir y cuáles son las tres o cuatro cosas que valen la pena,*** ¿verdad, Sábato? Yo, desde luego, no encontré un café Gijón, tal como lo esperaba, con su lodo de ***resaca humana que lo convertía en el barracón de los vencidos, como un pabellón de reposo para los convalecientes de la derrota;*** al contrario, allí apenas se hablaba de literatura, (tal vez me equivocaría en las horas de llegada o de salida); y todos esos escritores, que terminarían sus días sin nombre, yo nos lo adivinaba entre las mesas.

No adiviné donde estaba Prado Nogueira, ese coronel de Intendencia con pinta oscura, sin necesidad de la noche, y que fue Premio Nacional de Poesía porque ***decidió abandonar los halagos de la forma para hacer una poesía más humana;*** ni vislumbré a Dolores Medio, Premio Nadal, vestida en esos momentos de fama y gafas negras que tuvo que volver a su pueblo y a su trabajo como maestra; ni a María Alfaro; ni a Enrique Azcoaga; ni a ese Eladio Cabañero, el del *Recordatorio* del que nadie se acuerda; ni me pareció ver a García Pavón; ni a Carlos Oroza que contaba historias familiares confusas, como yo; ni el dandismo cómico de Guillermo Marín; ni a Luis Trabazo, escritor y pintor, de poca estatura y calva grande, que dicen que un día en el silencio del café soltó: ***Un día***

voy a escribir yo un artículo que se va a acabar esa coña de Ortega. Ni al hijo de Torrente Ballester, Gonzalo Torrente Malvido, siempre acompañado de mujeres guapas y con fama de bohemio, mujeriego y de vida disoluta, que dejó escrita alguna página que no merece el olvido.

Tampoco vi a Juan Antonio de Zunzunegui, ese novelista sano y galdosiano para lo real, que fue el único de los intelectuales oficiales que junto a Menéndez Pidal le echó coraje y le plantó cara a Franco, públicamente en el referéndum del sesenta y seis; y no me extrañaría que fuese familia, por lo del coraje, de ese coronel amigo mío, víctima de mis cafés literarios matutinos durante tantos años, también apellidado De Zunzunegui que ahora anda mandando Regimiento.

Tampoco vi a las actrices del Gijón que se habrían mudado a Malasaña con Almodóvar y su movida; ni a las modelos que se mudaron a los pubs cercanos al Bernabéu; ni vislumbré siquiera a esos mil y un autores que pasaban sus días en el Gijón, quemando sus vidas como suicidas en el arte de la escritura, engullidos por una literatura que se los comía en su sufrimiento a cambio de la nada más absoluta. A esos mil y un autores que son infinitos y que con el tiempo serán todos, sólo les queda una breve reseña de un amigo en internet o algunos ejemplares en las casposas estanterías de sus familiares.

Sin embargo, aun conociendo de cerca la ingratitud de la literatura con los creadores, que expolia de la vida a casi todos de forma inmisericorde, de vez en cuando no tengo más remedio que volver al café Gijón. Lejos de buscar literatos me conformo con el sol, con una vista de perfil al Paseo de Recoletos y con evocar los recuerdos de la primera noche que llegué al Café Gijón. Eso sí, Umbral, llevo atravesada por tu culpa a media generación del 98; y además, Umbral, ***he comprendido lo que muchos no comprenden jamás, que no se queda por una ideas, por unos argumentos, por unas obras ni por unos personajes. Se queda en la Literatura, más modestamente, por una voz.***

LA VERDADERA HISTORIA DE LA MUERTE DE FRANCISCO FRANCO, MAX AUB

Debo a Max Aub haber conocido a dos personajes muy peculiares: Ignacio Jurado Martínez, asesino de Franco, y a Josep Torres Campalans, pintor modernista, que pocas veces se dejó ver; pero que expuso en los años sesenta en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y, recientemente, en el Museo Reina Sofía de Madrid. Esta semana pasada, en el Instituto Cervantes, me encontré con Max Aub y sus confundibles e inconfundibles historias; eso tiene recibir invitaciones a deshora, y acudir sin vergüenza.

En México D.F, en la calle 5 de mayo, hay un café en el que trabajó durante un tiempo Ignacio Jurado Martínez, natural de El Cómichi,

congregación del municipio de Arizpe. Este hombre, humilde y sencillo, que empezó ganándose la vida de bolero en Guadalajara, lustrando los zapatos de los clientes, hasta que con su vocación a cuestas terminó trabajando de camarero entre las mesas del café Español, sito en la avenida 5 de mayo de la capital, fue rescatado del más injusto olvido por el escritor Max Aub. ***Ser mozo de café es prestar servicios, no famulato; dependencia, no esclavitud; tiénese ocasión de ofrecer, indicar, recomendar, reconocer; lazarillo de gustos ajenos; factótum, no lacayo; maestresala, copero, no mono; camarero, no siervo ni siquiera apellidando libertad. Un mesero tiene personalidad, mayor con los años si cuenta con parroquia fija, más ligada ésta a la costumbre que el servidor Sólo el peluquero se le puede comparar, y no en la asistencia, menos frecuente.***

¿Pero qué tiene de particular este hombre más bien bajito, de nacionalidad mexicana, ***pequeño, hirsuto, canicas de obsidiana los ojos vivísimos; barba cerrada, magro, tirando a cobrizo, limpio a medias, los dientes muy blancos de por sí y de no fumar, seguro de su importancia, de llevar a cabo sus funciones con perfección?***

Pues la particularidad de Ignacio Jurado Martínez, mexicano de El Cómichi y que trabajaba como mesero en un bar de la capital mexicana, fue que su tranquilo bar, con conversaciones serenas, pausadas; ***Téllez renuncia la semana que viene; El 1 de septiembre, Casas será nombrado embajador en Honduras; Ruiz pasa a Economía; Desaforarán a Henríquez; Luis Ch. es el futuro gobernador de Coahuila***; de pronto se le llenó de inmigrantes y refugiados españoles, con más hambre que vergüenza y que llegaron, derrotados, como una plaga a México desde España para recuperar unas vidas que la guerra les arrebató, jodidos españoles, ahora andan como refugiados por todos lados; ***Varió, ante todo, el tono: en general, antes, nadie alzaba la voz y la paciencia del cliente estaba a la medida del ritmo del servicio. Los refugiados, que llenan el café de la mañana a la noche, sin otro quehacer visible, atruenan: palmadas violentas para llamar al «camarero», psts, oigas estentóreos, protestas, gritos desaforados, inacabables discusiones en alta voz, reniegos, palabras inimaginables públicamente para oídos vernáculos. Nacho, de buenas a primeras, pensó regresar a Guadalajara. Pudo más su afición al oficio;*** pero cuando no pudo más, la situación le llevó a tomar una seria decisión: matar a Francisco Franco. A ver si vuelven a España esos jodidos españoles, que no paran de discutir en el bar entre ellos y que han llenado de lodo a la gente tranquila de México.

-Cuando tomamos la Muela...

-Cuando yo, al frente de mi compañía...

De la compañía, del regimiento, de la brigada, del cuerpo de ejército... Todos héroes. Todos seguros de que, a los seis meses, regresarían a su país, ascendidos. A menos que empezaran a echarse la culpa, unos a otros:

-Si no es porque la 47 empezó a chaquetear

-Si no es porque los catalanes no quisieron...

-¡Qué carajo ni que coño!

-Si no es porque Prieto...

-Cuando atacamos la Muela...

-En Brunete, cuando yo...

-¡Qué joder!

-Si no es porque los comunistas...

-¡No, hombre!

-¡Mira ése!

-¿Qué te has creído?

-Ese hijo de puta...

- Cuando caiga Franco...

- Cuando caiga Franco...

- Cuando caiga Franco...

"Ya está bien joder, me voy a matar a Franco, ya que ellos no tienen redaños para hacerlo, a ver si vuelven a España, todos estos desharrapados vocingleros", cuenta alguien que gritó Nacho Jurado cuando los autóctonos desaparecieron del local para no volver.

Y allá que marchó para España Ignacio Jurado Martínez con un pasaporte falso que le prestó un amigo de Puerto Rico que se le parecía y que le debía unos favores. El 20 de febrero de 1959 tomó vacaciones por primera vez en su vida y el 2 de junio embarcó en un vuelo de Iberia rumbo a España para terminar alojándose en una pensión de la Carrera de San Jerónimo, como ciudadano norteamericano, con la única finalidad de matar a Franco y que los inmigrantes españoles volvieran a su país y dejaran su bar con la tranquilidad de antaño. ***Nacho Jurado no hizo***

nada para preparar el atentado; tenía la convicción de que todo saldría como se lo proponía.

Las cosas, desde luego, siguieron su curso, y casi sin querer un 18 de julio de 1959 consiguió su propósito y mató al Caudillo. Max Aub detalla la historia con los matices, substancias y circunstancias que lo delataban como escritor y como creador del moderno teatro en España; y la adorna con los argumentos de alguien que primero fue alemán, luego francés, luego español y luego mexicano; que sobrevivió a una acusación falsa; *Si yo nunca he sido comunista carajo*; que lo envió a dos campos de concentración en Francia y en Argelia; y que consiguió sortear la muerte en el desierto con la ayuda de un lápiz y un papel.

"Con Franco muerto, seguramente, volverán a España todos los inmigrantes españoles que están en México", se dijo Ignacio Jurado Martínez. Y para borrar las huellas de su magnicidio decidió viajar por Europa antes de regresar a su querido bar de México D.F. Sí que lo hizo bien el puñetero. Todo el mundo sabe lo que pasó en España: ***formación del Directorio Militar bajo la presidencia del general González Tejada; el pronunciamiento del general López Alba, en Cáceres; la proclamación de la Monarquía, su rápido derrumbamiento; el advenimiento de la Tercera República.***

Ignacio Jurado Martínez decidió darse tiempo antes de regresar a México, un tiempo que devolvería a los refugiados a sus lares; A ver si ahora, con la III República, se dejan de vocear unos a otros, de culpabilizar de todos los males de España, y sobre todo, vuelven a su puñetera casa.

Después de todo ese tiempo, Nacho Jurado volvió a México y volvió a su bar, pensando que tan sólo habría mexicanos hablando de sus cosas y que los refugiados españoles habían vuelto a su patria. Nada más poner un pie en el bar se dio cuenta que esos tipos de las Españas no tenían remedio, y se fue haciendo cada vez más pequeño mientras oía:

-Cuando yo...

-Al carajo.

-¿Eras de la Falange o no?

-Cuando entramos en Bilbao...

-Allí estaba yo.

-¡Qué joder!

-¡Qué joder ni qué no joder!

Los refugiados ahora eran los otros con las mismas malas costumbres, las mismas voces y el mismo deseo de que llegara lo antes posible la muerte de alguien. Eso sí, lo que no estaba dispuesto a hacer él ahora era acabar con el presidente de la III República para ver si estos refugiados de ahora que tanto hablaban de Franco volvían a España. Porque siempre hay españoles que no caben en su país. ¡Carajo!

- El café es el lugar ideal del hombre. Lo que más se parece al paraíso. ¿Y qué tienen que hacer los españoles en él? ¿O en México? Sus ces serruchan el aire; todo este aserrín que hay por el suelo, a ellos se debe. Un café, como debiera ser: sin ruido, los meseros deslizándose, los clientes silenciosos: todos viendo la televisión, sin necesidad de preguntarles: -¿Qué le sirvo? Se sabe de antemano, por el aspecto, el traje, la corbata, la hora, el brillo de los zapatos, las uñas. Las uñas son lo más importante.

LOS CÍNICOS NO SIRVEN PARA ESTE OFICIO, RYSZARD KAPUSCINSK

Los libros están por todas partes, nos persiguen con la paciencia de una trampa dormida, aguardan nuestra llegada con la seguridad de una amante consciente de su belleza y sus secretos, y anidan en cualquier lugar atravesando mágicos portales de tiempo y espacio. Los libros están por todas partes, ocultando celosos nuestro destino.

Buscando la Edad Media, sus castillos, los crímenes y traiciones reales y la feroz servidumbre al señorío y al poder de la cruz, cabalgamos desde Valladolid hasta Urueña. Entramos en la villa fortificada por la puerta sur, no sin antes descansar bajo la cruz de la ermita de la Anunciada, ejemplo del románico lombardo y de la imposible atadura del arte en el espacio y en el tiempo, sin cadenas que lo retengan ni muros posibles que lo aislen: ***hoy para entender dónde vamos no hace falta fijarse en la política, sino en el arte el que, con gran anticipación y claridad ha indicado qué rumbo estaba tomando el mundo y las grandes transformaciones que se preparaban. Es más útil entrar en un museo que hablar con cien políticos profesionales. Como el arte postmoderno nos enseña, quizá podríamos darnos cuenta de que hay espacio para todos y que nadie tiene más derecho de ciudadanía que los demás.***

Entramos a Urueña por la puerta de la villa, que se alimenta del viento norte, buscando ese tiempo medieval, oscuro, de clases y estamentos injustos, que en el presente se oculta entre murallas dormidas, torreones, saeteras y rastrillos; sabiendo que ***ni la pobreza ni la opresión pertenecen al orden natural de las cosas,*** pero nada más entrar comprobamos que las palabras, ***que circulan libremente, palabras***

clandestinas, rebeldes, palabras que no van vestidas de uniforme de gala, desprovistas del sello oficial, terror de los tiranos, instrumento de revuelta y de lucha contra las cuales las armas del poder se revelan de repente completamente ineficaces, esas palabras, en Urueña, estaban pintadas en las paredes de sus casas, y en los libros que se asomaban vivos y eficaces por todas las librerías que respiraban conciencia y palabra en cada calle de Urueña.

Como las palabras estaban por todas partes, más vivas que las piedras, decidimos, antes de viajar a la Edad Media atravesando fuertes y fronteras, entrar en las librerías que emboscadas entre las paredes de mampostería de las viejas casas, de trecho en trecho y en silencio, enseñaban discretamente algunos de sus brillos, de repente observé que la *Primera Página* me estaba esperando. *Primera Página* es una librería especializada en Periodismo, con dos pasillos muy estrechos llenos de libros que te asediaban sin tregua. Anduve hojeando esa clase de libros que saltan de las estanterías a las manos, sin consideración ni pausa, hasta que me tropecé, sobre una vieja máquina de escribir, con un antiguo conocido de mis viajes por África y por Oriente Medio, Ryszard Kapucinski, ese periodista incómodo que sabe que ***no hay periodismo posible al margen de la relación con otros seres humanos, y que para ejercer el periodismo hay que ser un buen hombre o una buena mujer: buenos seres humanos,*** la única forma de comprender a los demás.

Cuando veo un libro de Kapucinski, es tal la tentación de leerlo que no puedo evitar hacerme con él, así que lo compré. Al fondo, escribiendo sobre una mesa, la dueña de la librería me atendió. Al cobrármelo, me dio como propina la pequeña historia de todos aquellos libros: sí, yo soy periodista, soy de Bilbao y mi marido y yo decidimos venirnos aquí a montar esta librería; hacemos también el periódico, escribimos, todo alrededor del libro y del periodismo. El periodismo..., pienso, y releo a Kapucinski: ***En la segunda mitad del siglo XX en estos últimos años, tras el fin de la guerra fría, con la revolución de la electrónica y la comunicación, el mundo de los negocios descubre de repente que la verdad no es importante, y que ni siquiera la lucha política es importante: que lo que cuenta en la información es el espectáculo. Y una vez que hemos creado la información espectáculo, podemos vender esta información en cualquier parte. Cuanto más espectacular es la información, más dinero podemos ganar con ella.*** Tal vez el verdadero periodismo viva tras las murallas de Urueña.

Seguimos andando y descubrimos más librerías, tantas, que creímos que la Biblioteca de Alejandría no fue incendiada tras la conquista de César sino que ligeras naves Tartessas de velas triangulares que ceñían los vientos por ambos costados trajeron todos sus volúmenes hasta las costas gaditanas y lentos carros tirados por bueyes los pusieron a buen recaudo en la meseta. En algunas librerías podías leer como si estuvieras en tu

casa; en otras soñabas con afrutados vinos y manjares; en otras te sumergías en el juego de la caligrafía y de sus mágicas formas que renacerá cuando volvamos a abrazar la paleografía y sus secretos; en otras soñabas y soñabas; sabiendo que también ***se escribe por razones éticas: sobre todo porque los pobres suelen ser silenciosos. La pobreza no llora. La pobreza no tiene voz. La pobreza sufre, pero sufre en silencio. encontraréis situaciones de rebeldía sólo cuando la gente pobre alberga alguna esperanza. Entonces se rebela. Pero el componente de la esperanza es fundamental para que la gente reaccione. En las situaciones de pobreza perenne, la característica principal es la falta de esperanza. Si eres un pobre agricultor en un pueblo perdido de la India, para ti no hay esperanza. La gente lo sabe perfectamente. Lo sabe desde tiempos inmemoriales***.

Seguimos andando y visitando las librerías, como si fueran nuestra casa, leyendo en sus ventanas y en sus paredes; de las que brotaban palabras e historias; que para eso se descubrió la piedra, el papiro, el pergamino, el papel o el ordenador para llenarlos de palabras y de vida; tal como encontramos las librerías de Urueña: *Primera Página, Páramo, El Rincón del Ábrego, La Boutique del Cuento, Alcaraván, Efímeros Pluscuam(Im)perfectos, Alcuino Caligrafía & Arte, El Grifilm, Librería Enoteca Museo del Vino, Más Libros & Libros, TF Librería y el Taller de Encuadernación,* llenas de palabras y de vida; y de murallas y de Edad Media y de sueños, que de eso están cubiertos y llenos los libros.

LA BUENA TIERRA, PEARL S. BUCK

El anciano dejó que sus escasas lágrimas se le secaran en las mejillas, donde dejaron unas manchitas saladas. Y luego se bajó, y cogiendo un puñado de tierra la retuvo en la mano.

He sido un turista accidental en muchos lugares, y en esas ocasiones siempre tuve la sensación de que nunca llegué a poner un pie en aquel sitio; pero a otros lugares he viajado con el corazón que es la única forma verdadera de viajar. Ese destino, siempre incapaz de prever el futuro y que mueve sin responsabilidad los hilos de las personas, me llevó a China, uniendo con un invisible hilo rojo mi vida a una tierra desconocida y lejana por donde el sol decide cada mañana nacer.

Cuando se acercaba la fecha de mi viaje a China, y como suelo hacer, me agencié unos libros que hablaran de aquel país de ese lejano Oriente, que los latinos derivaron del verbo *orīri*, *nacer*, y Borges lo derivó de la palabra *aurum*, *oro*: el lugar donde nace la luz, donde nace el oro. Y allá que me fui, no sin antes coger de las estanterías de casa de mis padres un volumen de obras de Pearl S. Buck publicado por la Editorial Mundo Actual de Ediciones de la colección Biblioteca del Siglo XX y que siempre anduvieron en la estantería de mimbre de la antesala, sin que yo les hiciera mucho caso: *La Buena Tierra*, *Viento del Este*, *Viento del Oeste*; y

La Estirpe del Dragón.

Así que durante los largos viajes en tren que tuve que hacer antes de volar a Sichuan, puse mis pies en China de la mano de aquella hija de pastores presbiterianos que marcharon de misioneros a Chinkiang a finales del siglo XIX: ***De la tierra salimos y a la tierra hemos de ir..., y si sabéis conservar vuestra tierra, podréis vivir..., nadie puede robaros la tierra...***; pero Wang Lu estaba equivocado; sólo quien ha vivido la tierra quiere conservar la tierra, sólo quien ha sufrido la tierra quiere volver a la tierra; y esas dos generaciones que Tocqueville, en su lejano Occidente, enumera para que la riqueza vuelva a repartirse mediante la multiplicación de herederos que abandonan la tierra, son las que necesita la familia de Wang Lu para deshacerse de la tierra de la que nacieron, que les dio a partes iguales la pobreza y la hambruna; la riqueza y la prosperidad.

- Estad tranquilo, padre nuestro, estad tranquilo. La tierra no se venderá.

Pero, por encima de la cabeza del anciano, se miraron y sonrieron.

No me faltaron razones para sufrir la dureza de la vida de un campesino pobre que labra su trozo de tierra, porque ***el aire y la tierra estaban llenos de espíritus malignos que no podían sufrir la felicidad de los mortales, especialmente de los pobres***; no me faltaron razones para vivir con el personaje de alma más profunda de toda la historia, O-Lan, la esposa de Wang Lu: ***a Wang Lu lo mortificaba que la esclava no hubiera de ser bonita. Le habría gustado una linda esposa. Al menos, no quiero una mujer picada de viruelas, le dijo a su padre***. O-Lan era una esclava de la Casa Grande y que Wang Lu compra, no posee más dinero, para él poder levantarse un poco más tarde y tener muchos hijos que le ayuden a sacar la sangre de la tierra, y ella cumple con creces, i***hijos cada año, la casa estaba habitada por la buena suerte!,*** como una esclava ahora de su marido, esclava de un esclavo, dándole hijos y volviendo al trabajo del campo después de cada parto, sola, en su habitación, marcada en la sumisión pero con su pequeña dosis de orgullo: ***Cuando yo vuelva a esa Casa, será con mi hijo en los brazos. Y mi hijo llevará una túnica roja y pantalones rojos floreados, un sombrero pequeño con un Buda cosido al frente, y en los pies unos zapatos atigrados. y yo llevaré zapatos nuevos y una túnica nueva de satén negro, y entraré en la cocina donde pasé mi vida, y en el salón donde está sentada la anciana con su opio, y mostraré mi hijo a los ojos de todos.*** Es O-Lan quien trae la riqueza a la casa de Wang Lu, en una escena prodigiosa de sufrimiento y valor, pero con la opulencia, no se dará cuenta de que traerá todos sus vicios; pero así es el alma humana con riqueza o sin ella en Oriente o en Occidente,

siempre es difícil volver a la tierra.

Pearl S. Buck muestra la sociedad china, anterior a la Revolución de Mao, en *La Buena Tierra*, esa sociedad cerrada, con el huracán de la pobreza rondando la casa de los campesinos, con lluvias o sin ellas, donde el hombre y, sobre todo, la mujer son la pieza de cambio de los pobres; y la esclavitud su única salida:

Cuando los ricos son demasiado ricos hay recursos, y cuando los pobres son demasiado pobres hay recursos. El invierno pasado vendimos dos niñas y pudimos resistirlo, y este invierno, si la criatura que lleva mi mujer en el vientre es una niña la venderemos también. No he conservado más que una esclava: la primera. Cuando los ricos son demasiado ricos hay otro recurso, y si no me equivoco no ha de pasar mucho tiempo sin que se acuda a él. Esto escuchaba Wang Lu de boca de otro esclavo que durante la hambruna había perdido sus tierras y, como él, trabajaba para los Señores de la Casa Grande. Y ***Wang Lu no lograba comprender a qué podía referirse aquel hombre cuando decía: "Hay un recurso cuando los ricos son demasiado ricos".*** Tal vez, Pearl S. Buck anticipó, con veinte años de antelación, con ese don profético que a veces muestran los escritores, la revolución de Mao; y ese recurso, con el que cuentan los pobres cuando son demasiado pobres y los ricos demasiado ricos, fuese la revolución. Sólo Perla lo sabe.

Yo viajé a China de la mano de ese hilo rojo que une a las personas para siempre, sin importar si salieron directamente de la tierra o de un vientre de mujer. Yo, sin ir más lejos, salí del mar, pero el hilo rojo me unió para siempre con una tierra lejana donde duermen los sueños y donde nace el sol. Aunque ahora cada mañana el sol nace aquí cuando abre sus ojos la lluvia que trae todos los deseos, mi Fu Yu Yuan.

EL HOMBRE QUE AMABA A LOS PERROS, EN LA HABANA CON LEONARDO PADURA

Viajé a Cuba antes de conocer a Leonardo Padura; así que perdí en aquella ocasión la oportunidad de visitar La Vieja Habana acompañado por un cicerone excepcional.

Para leer durante esos días decidí meter en la mochila los *Versos Sencillos* de José Martí, *El Viejo y el Mar* de Hemingway, *El Siglo de las Luces* de Carpentier y *Paradiso* de José Lezama Lima; pero como la Literatura la carga el diablo, justo el día antes de salir, una amiga, de las que te aconsejan libros para dejarte en la más grande de las incertidumbres, me dijo que antes de ir a La Habana convendría haber leído al Padura y sus novelas de Mario Conde; ya que es la mejor manera de conocer el barrio de la Víbora y de Mantilla revenido en metáfora, alumbramiento y

literatura de toda la Habana.

En el aeropuerto no dejé pasar la ocasión de ir a la tienda de revistas y libros que los despistados de última hora visitan antes de coger el avión; y con las prisas, pensando que la fortuna literaria me había tocado con su dedo, agarré el primer libro de Padura que vi y que ocupaba un lugar de excepción sobre la estantería que abría la tienda. Traté de localizar otro libro de Padura que no fuera ése, porque el que tenía en las manos, editado por Tusquets, era un volumen de más de 600 páginas y yo no tenía más que diez horas de vuelo antes de pisar a La Habana. Ni me fijé que ese libro no formaba parte de la famosa serie Mario Conde. Como no encontré otro me llevé el grueso volumen.

Así que embarqué, rumbo a Cuba, para buscar sin saberlo al *Hombre que Amaba a los Perros,* que no era un sólo hombre, ni dos, sino tres; tres historias, tres voces, tres novelas que se van urdiendo por la mano maestra del hombre de La Habana que vive en el barrio de Mantilla:

1.- La primera, la del joven cubano Iván Cárdenas, aspirante a escritor, que cuenta cómo ***asediados por el hambre, los apagones, la devaluación de los salarios y la paralización del transporte -entre otros muchos males-, Ana y yo vivimos un periodo de éxtasis. Nuestras respectivas delgadeces, potenciadas por los largos desplazamientos en las bicicletas chinas que nos habían vendido en nuestros centros de trabajo, nos convirtieron en seres casi etéreos, una nueva especie de mutantes, capaces no obstante, de dedicar nuestras últimas energías a hacer el amor, a conversar por horas y a leer como condenados -Ana poesía, yo después de mucho tiempo sin hacerlo, otra vez novelas. Fueron años como irreales, vividos en un país oscuro y lento.***

2.- La segunda novela, la del líder socialista ruso Leon Trosky, perseguido por la misma maquinaria asesina stalinista que él también ayudó a su manera a construir, y que en vez de llevarme a Cuba, me hizo viajar de Rusia a Turquía, de Turquía a Francia, de Francia a Noruega y de Noruega a México donde le esperaba un piolet o un zapapico, que lo mismo da, que da lo mismo, para ser incrustado en el cráneo. ***Natalia Sedova, las manos sobre la mesa de madera basta, lo miraba, petrificada por el peso de la decisión que los condenaba no ya a morir de frío en un rincón del país, sino a tomar el camino de un exilio que se presentaba como una nube oscura. ¿Desterrado el líder que movió las conciencias del país en 1905, el que había hecho triunfar el levantamiento de octubre de 1917 y había creado un ejército en medio del caos y salvado la Revolución en los años de las invasiones imperialistas y la guerra civil?***

3.- Y la tercera historia, la de Ramón Mercader del Río, convertido en un súbdito criminal de una causa que se ha ido evaporando a la vez que se

evapora el tiempo; un tiempo que terminó creando un paraíso apoyándose en todo lo humanamente vil. Ese Ramón Mercader que el Padura nos presenta desde sus inicios en la Guerra Civil Española en el frente de Guadarrama, cuando su madre, la indómita y desquiciada Caridad del Río y los soldados de Stalin, lo enredan en la misión que cambiará la historia del mundo y de la clase trabajadora, el asesinato de Lev Davídovich Bronstein, Trosky; el hombre que creyó alguna vez que podía frenar la burocracia comunista que convirtió la mitad del mundo en una cárcel. ***Ramón había ido puro y lleno de fervor (Leonid dixit) al altar de los sacrficios, para descubrir o ratificar que, entre los muchos estafados, él tenía cierto derecho de prioridad, como en las colas de los comercios: su acción lo distinguía en la pista infinita de aquel circo donde tanto habían resonado los látigos y tantas veces habían bailado los payasos, con sus sonrisas congeladas.***

Leonardo Padura me llevó, con mano maestra, por Cuba, la Unión Soviética, España, Francia, Turquía y México, de la mano de un par de Borzois; y me alegro de haber cogido en la tienda del aeropuerto ese libro que en vez de por las calles de La Vieja Habana me ha arrastrado por la psicología y las experiencias, trágicas como el siglo XX, de los personajes de la novela

Los grandes escritores, y Padura lo es, nos llenan la conciencia de preguntas en la realidad o la ficción que nadie es capaz de responder y continuaran en el aire para siempre, al igual que volaban en una conversación entre asesinos en una oscura casa del barrio moscovita de Goliánovo:

- Stalin mandó construir Goliánovo después de la guerra. Como siempre dio un plazo para terminar los edificios, sin que importara mucho cómo quedaran -dijo Eitingon. Pero si los departamentos son pequeños y feos, la culpa claro, es del imperialismo, que también es responsable de que los zapatos soviéticos sean tan duros y la pasta de dientes irrite las encías.

- Y al futuro llegaste....-dijo Eitingon- Occidente es el pasado decadente. Y lo más jodido es que es cierto. El capitalismo ya dio todo lo que podía dar de sí. Pero también es cierto que si el futuro es como Goliánovo, la gente va a preferir por mucho tiempo la decadencia con desodorante y automóviles de verdad. El mundo está en el fondo de una trampa y lo terrible es que nosotros perdimos la oportunidad de salvarlo. ¿Sabes cuál es la única solución?

Jodido Padura, y ahora, ¿qué hacemos?, sabiendo que ***entre las pocas cosas que repartidas siempre tocan a más, están el dolor y la***

miseria.

¡QUÉ RARO QUE ME LLAME FEDERICO!

Nada más lejano a los sentidos que la memoria, ni nada más cercano al espíritu que los recuerdos. La memoria te trae alguna voz, alguna borrosa imagen que desaparece rápido en el aire, y muchas lagunas que suelen ser confundidas con el olvido. Los recuerdos, sin embargo, tienen una forma definida que nuestra razón terminará por dominar, engañándose a sí misma para que el alma pueda sobrellevar los errores, que nos persiguen a veces con fiereza, y todo el daño ajeno o propio que hemos provocado.

Esta mañana recibí unas fotos de Bosnia, que le pedí a un amigo que anduvo conmigo aquellos años por allí, ya que estoy metido en una engorrosa faena literaria sobre aquella guerra. Venían acompañadas con unas escuetas letras que decían: *Te mando las fotos de Bosnia; rebuscando he encontrado otras que son para ti.*

Nada más ver la primera me he sorprendido, porque no recordaba el momento en que se tomó la fotografía. ***Debía ser cuando las rosas huían por los filos de las últimas curvas del aire***. Nada de ese tiempo conseguía venirme a la memoria; ni un pequeñísimo recuerdo. Sin embargo, puedo acotar razones y circunstancias en función de lo que veo. En ella, en una nave de literas estamos Arcadio, pocos nombres tan literarios como éste; el Trosky, que sigue siendo un hombre que ama a los perros en los libros de Padura; y yo, que sujeto con mi mano izquierda un libro de poemas de la editorial austral, y que posiblemente me acompañara en mis días por la montaña. Ya no recordaba lo que leía en aquellos tiempos. Me ha parecido una foto muy literaria porque me escoltan esos nombres de libro y yo, que para no desentonar, llevo uno en las manos. La fotografía debió tomarse hace treinta y un años por los uniformes que vestimos; y el lugar debe de ser Candanchú en el Pirineo aragonés donde andábamos realizando unas prácticas en montaña.

He intentado adivinar qué libro era el que me acompañaba en aquel momento y me he acercado a mi pequeña biblioteca buscando volúmenes de aquellos tiempos; y he encontrado dos, uno de los cuales puede ser el que sostengo en la mano izquierda.

Aquel año, 1986, aparte de bucear medio asfixiado en el álgebra, de la que sólo me atraía su pasado árabe, el cálculo, alejado de mí en los volúmenes y en las formas, la física, que me atraía porque me acercaba a la concepción del mundo, la electrónica, que nunca entendí, la informática que andaba brotando de la nada, o los motores, tan alejados de la sonoridad de los versos, sé que lo dediqué a leer a los poetas de la generación del 27. Tuve la suerte de que en la biblioteca que había en la Academia de Zaragoza, donde se daba un continuo intercambio de

volúmenes con aires de trapicheo, y que estaba muy cerquita de mi camareta, tenían prácticamente la obra completa de casi todos ellos. Allí leí a Emilio Prados, a Altolaguirre, me acogí a *la realidad y el deseo* de Cernuda como el que se acoge a asilo en sagrado, releí el *canto de siempre* de Alberti, recuperé *la voz*, *a ti debida*, de Salinas y me encontré con un Miguel Hernández, cabrero, por todos los montes por los que andaba, que se juntó con los del 27 por pura cercanía de estanterías bibliófilas.

Yo había empezado, hacía mucho tiempo, como no podía ser de otra manera con Federico García Lorca, leyendo los poemas en los que ejerce de *andaluz profesional*, como alguna vez con retintineo lo llamó Borges.

Durante mis días de oposiciones me había aprendido casi de memoria el *Libro de Poemas*, el *Romancero Gitano* y el *Poema del Cante Jondo*. Pero ese año en la Academia, descubrí al Lorca de *Poeta en Nueva York*, del *Llanto* y del *Diván del Tamarit*; y de su teatro ***redondo como sortijas; y*** abandoné, no sin desconsuelo, al andaluz profesional, para embarcarme en esa generación del 27 que sin abandonar la tradición, volteaba la poesía y sus formas para entregarnos ese otro don sin el cual no se entendería toda la obra poética del siglo XX. Una pena que yo llegara tarde a la celebración del centenario de Góngora en el Alfonso XIII.

Aquel tiempo fue el tiempo de mi gran enemistad con los Rosales; pero yo estaba muy equivocado y me sacó de mi error el enorme poeta que fue Félix Grande. ¿Sabes, Luis, que murió hace tiempo Ramón Ruiz Alonso?; y Luis Rosales le contesta: "Pobrecito".

Ramón Ruiz Alonso, Juan Trescastro y Federico Martín Lagos y, aparte, ese Juan Valdés Guzmán se dirigen a casa de los Rosales en Granada, ***a la casa encendida, donde puedo decir que no nos equivocamos en nada salvo en lo que más quería***; sacan de ella al poeta y lo que ocurre luego es una historia conocida. ***Asesinado por el cielo, entre las formas que van hacia la sierpe y las formas que buscan el cristal.***

Años después, los libros de ese poeta los encuentra un cadete en la biblioteca de la Academia donde estudia y se hace una foto con uno de ellos durante unas prácticas en montaña.

Una foto que no recuerda que se hizo y que le envía, pasados mil años, un amigo, de esos que son para siempre, aunque nunca se vean; y treinta y un años más tarde, mira esa fotografía con agrado y se inventa todo cuanto sentía en ese momento.

Busca otras fotos de entonces y sigue inventando su pasado: ***¡Qué raro que yo me llame Federico!; aunque aquello fue en un tiempo en que como Hemingway éramos muy jóvenes, muy pobres y muy***

felices.

EL DÍA QUE QUISE SER LEONARD COHEN EN EL HOTEL CHELSEA

You told me again you preferred handsome men

but for me you would make an exception.

Volviste a decirme que preferías hombres guapos,

pero que conmigo harías una excepción.

Hay veces que creo, con algo de escepticismo porque también ordenan el mundo las circunstancias, que todas las personas vivimos las mismas experiencias, atravesamos por las mismas emociones y nos enfrentamos a parecidas peripecias. Voy a contar el día que quise ser Leonard Cohen. *Te recuerdo bien en el Chelsea Hotel.* ***I remember you well in the Chelsea Hotel.***

Hará unos mil años, cuando yo era un joven que empezaba a trabajar, pongamos que tenía 25 años, me enviaron a Canarias. Me alojé en un hotel en Santa Cruz de Tenerife, cerca del puerto y de la Plaza de España. Solía volver del trabajo sobre las seis o las siete de la tarde, con el tiempo justo para cambiarme y dar un paseo, embocando la Avenida Marítima hasta el puerto; y allí me pasaba un par de horas oliendo a muelle y recordando otros momentos parecidos, donde siendo niño el olor a gasoil de los barcos impregnaba mi existencia. Esas cosas, entre otras, trae tener un padre marino mercante. A veces, me acompañaba Joseph Conrad, mientras me sentaba en un noray, al que me ataba sin maroma, a ver maniobras de atraque o desatraque o a los pescadores que fondeaban el plomo junto a la pared del muelle o a las señales de estiba.

Y tras esta peripecia marina, regresaba cada noche al hotel para *volver la espalda a la multitud,* ***you just turned your back on the crowd***. Cenaba algo rápido y subía a la habitación a descansar.

Cierta noche justo cuando las farolas de la calle recibieron la eléctrica orden de encendido, llamaron a mi puerta con dos toques suaves que figuraban unos finos nudillos. En un primer momento decidí no abrir la puerta, pues una visita yo no podría tener allí más que por equivocación. Pero aquellos sonoros y suaves nudillos repitieron los dos pequeños golpes y no me quedó más remedio que abrir la puerta de la habitación. Al abrirla, una joven rubia, llena de pecas, ojos azules, y muy bella, se apareció ante mí, hablando un auténtico inglés de Inglaterra.

Efectivamente había llegado hasta mi puerta por equivocación. *Sorry, I´m looking for Chris,* dijo sorprendida al verme. En ese momento supuse que aquel hotel canario se había transfigurado en el Chelsea Hotel y no tuve

más remedio que decirle: *Little lady, you´re in luck, I´m Kris Kristofferson.*

Nuestra conversación no fue más allá de unas entrecortadas palabras de cortesía. Me pidió perdón por haberme molestado, y por su error, y continuó andando dándome la espalda, por el pasillo de la segunda planta buscando la habitación de Chris. "Es evidente que esta chica no es Janis Joplin. Ni éste es el *Chelsea Hotel*". No importa, me dije, no somos guapos, pero nos queda la música. ***Well never mind, we are ugly but we have the music.***

Si ella hubiese sido Janis Joplin y aquel hotel canario el *Chelsea*, sin duda, se hubiera quedado conmigo. También es verdad que yo no era Leonard Cohen. Así que, como aquella no era forma de ir a dormir, decidí cambiarme de ropa y acercarme a tomar una copa a un bar cercano a la bocana del puerto, donde ponían buena música.

And that´s was the reason and that was New York. Y ésa fue la razón, por la que un día quise ser Leonard Cohen, haciéndome pasar por Kris Kristofferson, pero la bella joven que se equivocó de habitación no quiso ser Janis Joplin, y hacer conmigo una excepción, supongo que no tendría alma de artista. Ni siquiera sabía quiénes era Leonard Cohen y Janis Joplin; y, posiblemente, lo único que le quedaba era la belleza; me consolé pensando que *yo no puedo cuidar de todos los petirrojos caídos.* ***I don´t keep track of each fallen robin.***

EL OTRO, UN SUEÑO QUE ME TRAJO BORGES

Nunca he estado en Ginebra a orillas del Ródano, donde ocurren los más mágicos encuentros según me contó un viejo escritor argentino; pero sí puedo decir que nací y me crié junto a las marismas de otro río extraordinario que provoca, no menos prodigiosas citas que pueden desencajar a sus protagonistas tanto en el tiempo como en el espacio. ***Inevitablemente, el río hizo que yo pensara en el tiempo. La milenaria imagen de Heráclito. Yo había dormido bien.***

Esta historia ocurrió, no hace mucho, en un mes de marzo. Siempre que viajo para pasar unos días a La Otra Banda de la Argónida, cada mañana, a primera hora, salgo a la playa con la excusa de pasear o de salir a correr; pero no es ése mi verdadero propósito, sino encontrarme con mi pasado, que fluye lento como las aguas del río que abren la desembocadura con el ritmo de las mareas y de los vientos.

Yo estaba sentado en el pretil del paseo marítimo, el día era claro y las brisas, suaves como las plumas de esas aves que los atardeceres cruzan el río buscando la seguridad de las marismas y la riqueza de su fango. ***Sentí de golpe la impresión (que según los psicólogos corresponde a los estados de fatiga) de haber vivido ya aquel momento.*** En la

orilla un joven de unos dieciséis años anda jugando con un balón de fútbol. Lo he reconocido al instante, sé que cada tarde, que no tiene entrenamiento con el Rayo y hasta que la luz se va, aprovecha para hacer regates a las piedras y a las conchas, y lanzar balones al aire para aprender a pararlos cuando regresan de su viaje a la luna. Él también, si se fija en mí, pensará que ***lo raro es que nos parecemos, aunque usted es mucho mayor que yo***. ***Yo hubiera preferido estar solo. pero no quise levantarme en seguida, para no mostrarme incivil;*** y que él se diera cuenta de que yo pudiera sentirme incómodo con su presencia.

Ni se imagina que yo sé que el balón que está pateando se lo ha comprado a su amigo Juan Ramón, a quien jamás le gustó aquello del fútbol, y que nunca terminará de pagárselo. Tampoco se imagina que sé que anda tras una muchacha rubia con pinta de nibelunga, que está en su mismo curso, y que nunca será suya, aunque haya prometido llevarla a ***la posada de Thorgate, que queda río abajo a unas millas***. Con el tiempo este desenlace, que en unos meses le será tan triste, le parecerá ameno.

Hace unos días cayó en sus manos, por primera vez, un libro de Borges, y ya ha leído el cuento ***El Otro***; así que sabe que cualquier día, podemos cruzarnos por la playa.

El año que viene se decidirá a coleccionar su propia biblioteca, ya ha anotado los libros que tenía el joven Borges en su casa del número diecisiete de Malagnou, frente a la iglesia rusa: ***Los tres volúmenes de Las mil y una noches de Lane, con grabados en acero y notas en cuerpo menor entre capítulo y capítulo, el Diccionario Latino de Quicherat, la Germania de Tácito en latín y en la versión de Gordon, un Don Quijote de la casa Garnier, las Tablas de sangre de Rivera Indarte, con la dedicatoria del autor, el Sartor Resartus de Cajlyle, una biografía de Amiel y, escondido detrás de los demás, un libro en rústica sobre las costumbres sexuales de los pueblos balcánicos.*** Él se conformará con el *Absalon* de Faulkner en pasta dura, las *memorias* de Neruda, *El Libro de la Arena* de Borges, *El Viejo y el Mar* de Hemingway, un *Don Quijote* en edición de José María Valverde, El Banquete de Platón y unas obras que ha llevado a su cuarto desde las estanterías del salón para hacerlas suyas con el simple derecho que da el continuo uso.

No quiero acercarme a él porque posiblemente me pregunte por su futuro, y no me creo con derecho a arrebatarle a sus dieciséis años la capacidad de dudar, de tomar decisiones, de acertar o de equivocarse. Además, temo que pudiera ensarzarse conmigo en mil reproches acerca de quién soy o de quién pude ser, porque he de decir que no todo lo hice bien; aunque en mi descargo también puedo argumentar que él en sus dieciséis

años de vida tampoco ha sido un dechado de virtudes.

Él no sabe todavía que vivirá en muchas ciudades; que viajará a lugares a veces muy complicados, vestido de soldado, cosa que ni se imagina porque él quiere ser, mientras patea un balón en la playa, como su padre o como Joseph Conrad; seguro que también asentiría si le comento que rezará a un único Dios en catedrales católicas, en mezquitas, iglesias ortodoxas y maronitas y en algún valle recorrido por un río tan mágico como el que ahora tiene enfrente y que dio de beber agua de vida a Jesucristo. Me gustaría decirle que cuando tenga cincuenta años todavía se acordará del nombre de su primer perro, ese que lo está esperando en casa y que se lo matará dentro de unos meses un malnacido.

Me hubiera gustado poder advertirle que su padre y su madre pasarán por esas experiencias que acercan a las personas a la muerte durante cierto trecho, pero que no se preocupe porque los dos lo superarán; y me hubiera gustado contarle también que sus hermanas siguen siendo mejor que él en todo, cosa que le alegrará sobremanera cuando cumpla los cincuenta.

Mientras toca la pelota él solo ahí abajo junto a las olas, pienso en que todavía no sabe quién será la mujer de su vida, ni que tendrá un hijo nacido en un lugar mágico donde se cruzan tres hermosos ríos con sus tres valles, ni que seguirá teniendo un perro y que treinta y siete años más tarde un hombre que se parece mucho a él lo estará observando mientras juega al fútbol en la playa.

Noté que apenas me prestaba atención. El miedo elemental de lo imposible y, sin embargo, cierto lo amilanaba. Sentí por ese pobre muchacho, más íntimo que un hijo de mi carne, una oleada de amor.

De pronto, vi que el balón con el que jugaba llegaba hasta mí, y se lo devolví también con la pierna izquierda.

VIDA Y FUGA DE FANTO FANTINI, ÁLVARO CUNQUEIRO, EL SOÑADOR

Viéronle ellos a los lejos, antes de que se acercase, y trataron de matarlo; y decíanse unos a otros:

-Aquí viene el soñador; ea, pues, matémosle y echémoslo en un pozo abandonado, y digamos que lo devoró una alimaña. Se verá entonces de qué le sirvieron sus sueños.

(Génesis, 37, XVIII-XX)

Cuando iniciaba mis estudios de contabilidad en una ciudad santa, durante una clase poco dada a la retórica, me presentaron a Fra Luca Pacioli que en su obra *Summa de Arithmetica, Geometría, Proportioni et Proportionalita* publicada en Venecia en 1494 ya analizaba el método contable por partida doble y retrataba aquellos libros que me acompañarían algunos años de mi vida: el libro de balances e inventario, el diario y el mayor. ***Todo esto, querido Fanto, forma parte del oficio y lo único que siento es no poder hacer ante ti una demostración de reglamento de los sanjuanistas.***

El profesor, como todos los profesores, siempre más dados a las biografías que a las obras, empezó la asignatura relatando el nacimiento de Fra Luca hacia el año 1445 en Borgo de Santo Sepulcro en la Umbría septentrional; y yo imaginé que ese niño, al nacer, saldría del vientre materno, mientras la matrona jalaba de sus brazos para que viera la luz, dibujando con sus dedos el número áureo mientras con su recién nacida mirada trazaba la geometría de las paredes de la vieja casona de aquel pueblo Toscano. ***Aquella torre fue de los Bracciaforte que eran los más avaros de los toscanos, siempre buscando donde meter el oro que atesoraban, que no lo vieran ni el sol ni la luna.***

Como Borgo San Sepolcro nació en mi mente como una ciudad mágica por una simple denuncia contable inicial allá por un lejano septiembre de 1987, sabía que, cualquier tarde, ese pueblo volvería a cruzarse en mi camino literario, porque esos lugares privilegiados suelen ser irremediablemente sitios de nacimiento de irredentos literatos o fabulados personajes. ***Son muchas, pero dispersas, las noticias que nos han quedado de la vida y aventuras del capitán Fanto Fantini della Gherardesca, nacido en Borgo San Sepulcro. Pero muchas de esas noticias que decimos, de la vida y aventuras del condottiero se contradicen con frecuencia, y solamente un paciente trabajo de investigación y de crítica, realizado durante varios años por el autor de este libro, le ha permitido establecer el tiempo y lugar de las varias etapas de la biografía fantiniana.***

Así que mediante magias contables y sintácticas establecí una infatigable relación literaria entre Fra Luca Pacioli y el íncreíble condottiero Fanto Fantini della Gherardesca, que sirvió a la República de Venecia, como capitán, acompañado de su caballo Liofante, que entendía toscano y griego, y de quien ha pasado a ser leyenda su famoso discurso ante el Senado de Venecia defendiendo a su señor. ***En los archivos venecianos no hay ni rastro de ese discurso, ni de la discusión que en el Senado hubiera seguido a la intervención de Liofante, pero era voz pública que un senador, Ludovico Brabantio, abuelo del Brabantio que fue padre de Desdémona, afirmó que mejor que no llegase a Venecia el capitán Fanto, que si se ponía a contar sus batallas y sus amores, no quedaría uno de la compañía que no pasase a conudo, o perdiese una hija o sobrina en los brazos del***

condottiero.

También, junto al tordo Liofante, don Fanto Fantini se hacía acompañar por un perro de nombre Remo, capaz de escribir en etrusco sobre la tierra, con un palo entre sus dientes. ***¡Habrá estado empleado en la comedia, de can de corte del rey Pantalone! Atiende voces en latín, quizá porque nació en casa de cura, da y porta la perdiz, y con una bolsa al cuello, va por vino a la bodega, y lo elige él, oliendo en la pinga de las billas.***

Del condottiero Fanto Fantini della Gherardesca se cuentan mil historias, de sus rubios cabellos y de la infinita perseverancia de perro de presa, perdóneme aquí el fiel can Remo por la metáfora, de sus enemigos por recluirlo a prisión; así como de su ingenio, gracia y destreza para la fuga como quedó demostrado las mil y una veces que escapó de esas cárceles y que el infatigable Álvaro Cunqueiro, con pluma de oro, dejó escrita para solaz del tiempo y voz de los difuntos. ***¡Ve y dile a Vero del Pranzi que me he escapado de Aquilasola llamando en mi ayuda a un río! Y no se habló de otra cosa aquella primavera y aquel verano en toda Italia, de que el capitán Fanto Fantini della Gherardesca, se había escapado de una horrible prisión disfrazado de río, y que con su disfraz había aprendido la lengua de las truchas y el deslizarse sinuoso de las anguilas, y que a veces dormido, soñando que era río, en vez de roncar le salía el canto mismo que hacen las aguas en las cascadas e hirvienzas.***

Así, que por esos azares que el río de la vida lleva aparejados en su discurrir, terminé por confundir como una sola, la ciudad santa que me inició en la contabilidad, el pueblo de Borgo de San Sepolcro, patria del condottiero Fanto Fantini y de Fra Luca, y Mondoñedo, un mágico lugar donde la catedral de vez en cuando toca a rebato porque dicen que ha vuelto don Álvaro Cunqueiro. Eso suele ocurrir cuando se conmemora el año del cometa con la batalla de los cuatro reyes, aunque siempre surgen muchas dudas cuando aparece de nuevo alguien que se parece al mágico soñador y fabulador, porque en seguida se corre la voz de que al pueblo ha llegado un hombre que se parece a Álvaro Cunqueiro; pero a Álvaro Cunqueiro sólo se le parece Álvaro Cunqueiro, ¿Será que ha llegado don Álvaro Cunqueiro? Y con ese sinvivir pasan sus días en Mondoñedo.

Otro No Premio Nobel que habita mágicos lugares por el que transitan sólo los elegidos. ¡Qué le vamos a hacer si el mágico soñador nació en Mondoñedo, Galicia!

LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA, ALEXIS DE TOCQUEVILLE

Después de estas últimas elecciones en Estados Unidos y su resultado, decidí volver al año 1830 y embarcar rumbo a América con esos dos jóvenes amigos de poco más de 25 años, Alexis de Tocqueville y Gustave

de Beaumont que decidieron ver cómo se organizaba la democracia al otro lado del Atlántico y, abandonando la magistratura en París, decidieron vivir una aventura que los llevó en unos tiempos complejos, violentos y convulsos a una nación que soñaba con ser el país de la libertad. ***Si hay un solo país en el mundo donde se pueda esperar apreciar en su justo valor el dogma de la soberanía del pueblo, estudiarlo en su aplicación a los asuntos de la sociedad y juzgar sus ventajas y sus peligros, ese país es con seguridad América.***

Así que me fui a esa biblioteca escondida, con más de 40.000 volúmenes, que regenta un viejo coronel, que bien pudiera apellidarse Buendía, pero se apellida Ibáñez; y, de entre esas estanterías que huelen a libro sin abrir, localicé el volumen que buscaba, *La Democracia en América* de Alexis de Tocqueville. Le dije que pensaba sacarlo, pero que necesitaba más tiempo que ese mes de préstamo que la biblioteca me ofrecía; a lo que me contestó: "No te preocupes, ese libro nunca lo saca nadie; así que no tendremos a ningún lector impaciente esperando a que tú acabes, quédatelo el tiempo que quieras".

Ese mismo día comencé a leer el volumen de Tocqueville, impreso por ediciones Guadarrama en 1969 y traducido por Marcelo Arroia-Goitia: ***Durante los temas nuevos que, durante mi estancia en los Estados Unidos, llamaron mi atención, ninguno atrajo más vivamente mis miradas que la igualdad de las condiciones. Descubrí sin esfuerzo la influencia que ejerce este primer hecho sobre la marcha de la sociedad.***

No es mal comienzo para un libro, porque la igualdad es un concepto tan fácilmente vendible que todo el mundo lo acata como una necesidad, incluso esa aristocracia del siglo XIX lo hace suyo temiendo que esas revoluciones que llamaban a su puerta no batieran los goznes tras los que ellos se refugiaban.

El problema radica en que ninguno de los individuos de cualquier sociedad, aunque se le llene la boca de ello, quiere ser igual al otro, ¿tendrá algo que ver el alma humana?; si todos tenemos el mismo derecho al voto, la misma igualdad ante la ley, los mismos derechos ante el Estado, habrá que buscar un motivo por el que los individuos puedan sentirse diferentes o mejores a los demás. En esas naciones en los que la libertad campa como principio, el motivo de diferenciación que se buscará desaforadamente será el del *dinero y el bienestar material*; quien tenga más dinero y sea más rico formará parte de esa nueva aristocracia que es creada en los países libres. Parece, por tanto, que será difícil avanzar hacia una sociedad completamente igualitaria en libertad.

Montesquieu lo resume de una manera muy gráfica en una célebre frase: ***"No es difícil ser feliz, eso se logra con facilidad. El problema radica en que queremos ser más felices que los demás, y eso es***

imposible porque en apariencia siempre vemos a los demás más felices de lo que en realidad son".

Aunque, claro, para Tocqueville, el peor sistemas de todos los posibles es aquel en que hay una igualdad absoluta, pero no hay libertad. Las sociedades embarcadas en el endiosamiento de este sistema político igualitario en el siglo XX demostraron de una manera práctica y demasiado dolorosa este axioma escrito en 1831.

Las voluntades de la democracia son cambiantes; sus agentes, groseros; sus leyes, imperfectas: lo concedo. Pero si fuera verdad que pronto no pudiera existir ningún régimen intermedio entre el imperio de la democracia y el yugo de uno solo, ¿no deberíamos más bien tender hacia el uno que someternos voluntariamente al otro? Y si hubiera que llegar, en fin, a una completa igualdad, ¿no valdría más dejarse nivelar por la libertad que por un déspota?

Se ha elegido, pues, como el mejor, este camino liberal en un sistema en el que la omnipotencia de la mayoría siempre aumenta la inestabilidad legislativa y administrativa que es natural a las democracias, donde su salud no puede medirse por acudir a votar una vez cada cuatro años; y en el que predomina ***la acción siempre creciente del despotismo de la mayoría, a la que en los Estados Unidos, se le debe atribuir, sobre todo, el pequeño número de hombres notables que hoy aparecen en el escenario político. Sabiendo que corresponde a la esencia misma de los gobiernos democráticos que el imperio de la mayoría sea absoluto; ya que fuera de la mayoría, en las democracias no hay nada que resista.***

Y, de pronto, descubrimos una realidad imparable del poder de la mayoría sobre el pensamiento, una mayoría que impone un pensamiento único políticamente correcto y marca con la exclusión a aquel que se salga de él, la mayoría manda hasta en el pensamiento: ***Pero el pensamiento es un poder invisible y casi inaprensible que se burla de todas las tiranías***, escribe Tocqueville en 1831, ***en nuestros días los soberanos más absolutos de Europa no podrían impedir a ciertos pensamientos hostiles a su autoridad, el circular sordamente dentro de sus Estados, e incluso en el interior de sus cortes. No ocurre lo mismo en América: en tanto que la mayoría se mantiene dudosa, se habla; pero en cuanto se ha pronunciado irrevocablemente, todo el mundo se calla.***

Desde luego hay gente que ve el futuro sólo viajando a América en un barco de vela, Tocqueville era uno de ellos, y en su libro nos cuenta cómo las democracias tenderán a un individualismo desaforado que es el más visible de los rasgos democráticos, con familias cada vez más pequeñas y menos integrados en la sociedad, con un interés excesivo en el bienestar material, donde las personas son simple comercio, y cuyo único afán es el

dinero, y en el que la tiranía de lo políticamente correcto tapará las bocas de los hombres libres.

Después de las últimas elecciones en Estados Unidos volví a leer a Tocqueville y no me ha dejado, como siempre, indiferente. Vuelvo a pensar que está tan vivo como en 1831; aunque yo que lo leo desde que alguien me lo recomendó, pues nunca descubrí por mí mismo un buen libro y a esos recomendadores se lo debo todo, sé que uno aprende a leer para poder no creerse nada de lo que lee. Por eso yo lo recomiendo como lectura en bachiller; ¡Ah, perdón!, que ya no se estudia ni filosofía ni a los clásicos en el instituto. No querrán ciudadanos, querrán súbditos; menos mal que ahora la guerra no nos impondrá a los tiranos, sino que los elegiremos nosotros mismos una vez cada cuatro años con la omnipotencia de la mayoría; sabiendo que ***la masa del pueblo puede ser seducida por su ignorancia o por sus pasiones.***

EN LAS AFUERAS, CON LUIS GOYTISOLO, DONDE LAS CUENTAS NUNCA SALEN

No hay nadie que no haya vivido en *las afueras*; porque *las afueras* no es un lugar físico al que una persona sea arrastrada, por su voluntad o forzada; sino el lugar en el que vive su espíritu, aprisionado en esa botella que cada alma va puliendo y dando forma a lo largo de la vida. *Las afueras*, aunque parezca lo contrario, no distingue clases, no distingue género, no distingue edades, y son implacables con el corazón de las personas porque proceden del interior mismo de ellas.

Calumnia, sí, esta es la palabra. Calumnia. Por eso digo que la cosa tiene gracia. Porque con tal de poder calumniarme, no ha dudado en suprimir una de las cosas que más quería. ahora bien, esto sólo tiene un defecto: necesita convencerte de que he sido yo quien lo ha hecho y de que luego lo he negado. ¿Y cómo convencerte si no tiene pruebas? Pues impresionándote, fingiendo un dolor lo bastante intenso como para conmoverte. El pequeño Bernardo, huérfano de padres tras un accidente de tráfico, es arrastrado desde esa casa burguesa a las afueras por sus abuelos que, aunque nadie lo sepa, ya llevaban tiempo viviendo en ellas mientras se molían uno a otro, echándose en cara cualquier vicisitud de sus vidas por nimia que pudiera parecer en un monólogo interior cuyo único inocente y doloroso receptor es el niño. ***—Sí, Bernardo, me angustia pensar en todo esto. Y la angustia y el sufrimiento y el trabajo acortan la vida. Y tengo un carácter más agrio, más amargado por todas aquellas cosas en las que él no quiere pensar, que no quiere recordar.*** En las afueras, Augusto y Magdalena jamás hablan uno con otro, es un borboteo interior de cada uno que sufre el niño; no les basta a ellos con vivir en las afueras, sino que sus palabras salen de su boca a los oídos del niño. ¿Para qué? Pues para el gratuito sufrimiento, que es asequible a todos en ese lugar

llamado las afueras.

Los dos Víctor, victoriosos en la guerra, también tienen una posición desahogada, pero nada hace pensar que la posición y la vida tienen por qué coincidir. El primero de ellos vuelve a su finca desde Barcelona, regresa a las afueras, donde alguna vez fue feliz, ***—aquí pescaba renacuajos—,*** cuando se creía un igual a los aparceros, que se quedan todo el trabajo y lo único que entregan son las cosechas; pero las afueras, obedientes a esa ley que ayudada por el tiempo todo lo quema, raudas devuelven a los ricos y a los pobres a una infelicidad a la medida de cada uno. ***Y como no podía salir de casa ni bajar al pueblo, se pasaba la mayor parte del día metido en la cocina, mirando al fuego.*** Acaba de recibir una carta escrita por su mujer en la que viene escrita una sola palabra: "no".

No sé si las afueras pueden vivir en una novela o no. La unidad de lugar es tan relativa como ese sitio en el que no sólo viven los vencidos y los pobres; sino que ahora empiezan a llegar los burgueses y los ricos. Reconozco a Tonio, en lomos de la modernidad, en varios capítulos; y a Víctor, el vencedor vencido, y a Ciriaco, el legionario que ayudó a ganar al guerra y, ahora, tísico, malvive saltando de un capítulo a otro como limpiabotas; y a Augusto y Magdalena, con brillo por fuera pero negros por dentro; y a Domingo y Amelia, víctimas de esa vejez dividida entre la ciudad y el campo; y a Dineta y a su padre Mingo Cabot, anclado en ese pasado que arrastra un caballo medio muerto y una reja, incapaz de subirse en el tractor de la modernidad.

En las afueras nos pintan tal como somos, incapaces de ser felices cualquiera que sea nuestra condición; sabiendo que por mucho que la vida nos enseñe en este mundo las cuentas nunca salen, y quien diga lo contrario o miente o vive de la hipocresía. ***«¿De qué le serviría saber tantas cosas? Por mucho que una sepa de números, aquí las cuentas nunca salen»***

ILUMINACIONES EN LA SOMBRA, ALEJANDRO SAWA

Un bohemio es aquél que nunca vende su pluma a nadie. Un bohemio es aquel que ama la literatura sobre todas las cosas. Un bohemio es aquel que no moverá un solo dedo si no lo hace en nombre del arte. Un bohemio es aquél que es dueño de su voz, de su silencio y de su hambre. Un bohemio es aquél que es irreconciliable con el éxito, porque el éxito siempre es sobornado por el poder. Un bohemio es aquél que se sale del canon por estética o por rebeldía. Un bohemio es el único sano que sabe que vive en una ***sociedad de leprosos en la que la villanía es el estado social de la gente***. Un bohemio nunca debe ser confundido con alguien lleno de greñas que se cree más libre que nadie porque malvive por los cafés y los fumaderos de opio rindiendo cuenta sólo a su estupidez. Un bohemio nunca debe ser confundido con un golfemio. Un

bohemio sabe que ***el honor se asienta en las almas y no en los labios*** **.** Un bohemio es aquél que es capaz de quedarse ciego de tanto mirar al sol. Un bohemio es... Alejandro Sawa. Darío, ministro plenipotenciario de Nicaragua en España, lo sabe.

Siempre que veo a Valle-Inclán en Recoletos, camino del café Gijón, le pregunto por Sawa. A Sawa lo conocí cuando llegué a Madrid y andaba inquieto por la vida literaria. ***Era entonces una población grande y viciosa. Madrid simpatiza con todos los aventureros, a la sola condición de que sean valientes y no se dejen dominar por escrúpulos de vergüenza. Madrid es la capital de España y la gran población predilecta de la canalla.***

Esa tarde me extrañó que don Ramón fuera con prisas.

— Acompáñame— me dijo —vas a ver a Sawa. Es tu última oportunidad. Se está muriendo ciego, loco, solo y pobre, muy pobre, en una covacha de la calle Conde Duque. Donde el Cuartel de Caballería. ¿vienes?

Ir a Madrid, vivir en Madrid. Madrid, cisterna, antro, sima que mientras más devoras más sientes aumentarse tu apetito.

— Claro que voy— le contesté — nunca desaprovecho una oportunidad para visitar en la tierra el infierno. Lo aprendí de Sawa; ***el vicio y la virtud son inmortales. La pasión también. Por eso de toda eternidad el hombre ama y odia; tiene igualmente apercibidos la dentellada y el beso.*** Ese beso que le dio Víctor Hugo al hombre que más cerca estuvo de Verlaine, aparte de Rimbaud. —¿Darío lo sabe?

— Lo han matado. A Sawa lo han matado; entre todos lo han matado, dice Valle para sí, mientras enfilamos la calle Conde Duque.

Sawa no ha encontrado editor para sus *Iluminaciones*, tampoco lo consiguió Rimbaud para las suyas y acabó traficando con armas y con personas en Abisinia. ***Notad que todos los críticos son miopes y usan antiparras. Acercándose demasiado a la nariz, por deficiencia del órgano visual, las páginas del libro que tienen entre las manos, ven los defectos tipográficos, las cualidades de la estampación, los poros y los granos del papel, no el alma del escritor, que ha necesidad, siempre, de los grandes horizontes para ser vista en su justa perspectiva.***

Cuando entramos en el número 7 de la calle Conde Duque se olía la miseria, ***He vendido mis muebles y sólo me he reservado los más precisos,*** *pero tengo flores****. He sustituido el confort por la gala, y, si bien es cierto que no tengo apenas mesa donde escribir, poseo en cambio una maceta de claveles que trascienden a Gloria, y en lugar de mi artístico secrétaire de palo de rosa tengo una***

hortensia, que me consuela de muchas pérdidas crueles de la vida. ¿Darío lo sabe?

Nada más entrar en la habitación, Valle ha imaginado la figura sombría de Max Estrella sobre el camastro desvencijado, y se ha puesto a llorar por el muerto, por él y por todos los pobres poetas. En la misma calle ha decidido escribirle unas letras a Darío para que éste les ayude a publicar el libro enterrado de Sawa, *Iluminaciones en la Sombra*. Y en una pequella cuartilla escribe: ***he llorado delante del muerto por él, por mí y por todos los pobres poetas. Yo no puedo hacer nada, usted tampoco, pero si nos juntamos unos cuantos algo podríamos hacer. Alejandro deja un libro inédito. Lo mejor que ha escrito. Un diario de esperanzas y tribulaciones. El fracaso de todos los intentos para publicarlo y una carta donde le retiraban una colaboración de sesenta pesetas que tenía en El Liberal, le volvieron loco durante los últimos días. Una locura desesperada. Quería matarse. Tuvo el fin de un rey de tragedia: murió loco, ciego y furioso.***

Darío prologará el libro, algo le empujaría su corazón o la noche, pero todavía le queda una eternidad para poder cancelar la infame deuda que contrajo con su amigo Alejandro Sawa, La deuda de amistad. ¿Lo sabe Darío, príncipe de los poetas?

Nada más salir del velatorio y viendo que el centro cultural Conde Duque permanecía abierto decidí entrar. Valle siguió su camino. Dentro me esperaba una tertulia de principios de siglo, llena de vates y escritores que convocaba Ramón Gómez de la Serna. A Alejandro Sawa no se le esperaba; alto, elegante, con la apariencia que entrega la limpia pobreza, acompañado por sus dos perros, mientras grita: ***Los hombres del Poder no se contentan con disponer a su antojo de nuestra bolsa, de nuestro hogar, de nuestra libertad y de nuestra vida. Porque son accionistas de esa fábrica de poder que se llama la Gaceta*** (nuestro BOE de hoy en día)***, creen serlo también, ¡ insensatos!, de esa otra cosa tan distinta que se llama la gloria. Y firman credenciales de inmortalidad, como si se tratara de expedientes de un negociado cualquiera de Gobernación ó Hacienda. Pero no cuentan con el porvenir ni con la Historia. Con el porvenir, que levantará picotas sobre muchos pedestales contemporáneos; con la Historia, que condenará los mismos rasgos glorificados por mármoles y bronces, a la eternidad del ridículo o de la infamia.***

Bueno, sabiendo que la muerte es el olvido y que Sawa ha llegado antes, me entretengo bebiendo con dos personas que tengo en alta estima en el amplio patio del Centro Cultural Conde Duque, mientras recuerdo los versos que Manuel Machado dedica a Alejandro Sawa en el prólogo de *Iluminaciones en la Sombra:*

Jamás hombre más nacido

para el placer, fue al dolor

más derecho.

Jamás ninguno ha caído

con facha de vencedor

tan deshecho.

Y es que él se daba a perder

como muchos a ganar.

Y su vida,

por la falta de querer

y sobra de regalar

fue perdida.

Es el morir y olvidar

mejor que amar y vivir.

Y más mérito el dejar

que el conseguir.

MARÍA ZAMBRANO, EN LOS CLAROS DEL BOSQUE

Nadie que haya vivido, pongamos por caso más de cincuenta años, ignora que el bosque es la metáfora de la vida o, al contrario, la vida es la metáfora del bosque. Los que hayan andado muchas noches por ellos, con armas o desarmados, lo saben bien.

Cuando salimos al bosque, o a la selva, siempre nos espera la nada; ***y queda la nada, el vacío que el claro del bosque da como respuesta. Mas si nada se busca, la ofrenda será imprevisible ilimitada;*** como la vida.

La lección que ha aprendido un hombre o una mujer de digamos, más de cincuenta años, es que ***el claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar. No hay que buscarlos. es la lección inmediata de un claro del bosque; no hay que ir a buscarlos, ni***

tampoco esperar nada de ellos.

A María Zambrano, un claro del bosque al que llegué sin buscarlo, me acerqué porque me invitaron a ir a Málaga a hablar sobre Comunicación. Nunca pensé que nadie fuera capaz de aunar poesía y filosofía; pues si un filósofo expulsó del paraíso a los poetas era porque pensó que la comunión de estos con la filosofía era imposible. Yo estaba equivocado y, como yo, Platón andará con la duda de si María Zambrano debe o no habitar ese paraíso por él creado. Posiblemente, María tenga su paraíso propio, ***donde el amor no tiene que ser sostenido***. Esa división, de lingüista aburrido, entre la cosa misma y su significado; esa desunión, de filósofo sesudo, entre el frío pensamiento y los sentidos, las envuelve María en palabras poéticas nunca fáciles de desentrañar, tengan en cuenta que estamos en un oscuro bosque, donde no encuentras los claros buscándolos, sino que ante ti aparecen.

Nada es signo, como si se vislumbrase un reino donde lo que significa y lo significado fuera uno y lo mismo. Una herida sin bordes que convierte al ser en vida; pues, como escribe Emilio Prados en so obra *Río Natural*, ***Nació y creció sin saber -si estaba dentro o fuera- del Dios que nació con él.***

Antes de dar un paso en el oscuro bosque, ligeros de equipaje por supuesto, conviene saber, quien allí habita lo sabe***, que hay que dormirse arriba en la luz, y hay que estar despierto en la oscuridad, pues el alma se mueve por sí misma, va a solas, y va y vuelve sin ser notada;*** como la amada en la noche oscura de San Juan de la Cruz. Si es que al final, todos andamos, sin cruzarnos, por el mismo bosque, todos nos dedicamos a buscar desaforadamente los claros del bosque hasta que nos damos cuenta que a los claros del bosque no hay que ir a buscarlos que se aparecen solos y que la realidad que al ser humano se le ofrece no acaba de serlo nunca, a medias real tan solo, y a veces irreal por asombrosa, por sobrepasarse a sí misma. Así es ella la vida, la recién llegada, la encontrada, la aparecida, un puro don.

He visto algún claro del bosque donde anidaba la belleza, ***que se abre como una flor, su centro iluminado que luego resulta ser el centro que comunica con el abismo; quien se acerca al cáliz de esta flor arriesga ser raptado***. Yo fui raptado alguna vez y aprendí que ***reaccionar ante ella con angustia es el infierno que la quietud bajo ella es indispensable; que la quietud no consiste en retirarse, sino en no salirse del simple sufrir que es padecer. En este padecer el ser se despierta, se va despertando necesitado de la vida y la llama.***

Y he visto otro claro donde anidaba la soledad, ***pero aquella más pura no tocada por el afán de independencia , ni por el sentimiento de encontrarse aislado. La soledad, aceptada en el abandono,*** es quien

recibe el don de la mirada remota que la sostiene.

He aprendido en más de cincuenta años que ***el corazón tiene huecos, habitaciones abiertas y que la vida aparece de incógnito sin esplendor alguna;*** y que visto lo visto, ***sólo el Hombre dotado de un corazón inocente podría habitar el universo.***

Seguiré andando por el bosque viviendo pequeños instantes hasta que los claros se aparezcan ante mis sentidos; con la absoluta convicción de que volveré a equivocarme mil veces en mis decisiones cuando me encuentre con ellos. ***No es ser, ni solamente vida, sino vivir***. Porque es seguro que ***todos los hombres mueren, mas no todos mueren como Sócrates.*** **¡Qué le vamos a hacer!**

TRAS LOS HIJOS DEL CAPITÁN GRANT, CON JULIO VERNE

No hay ningún tiempo pasado que no esté en manos del futuro, que es quien domina la memoria. De mi primera memoria literaria me quedan los fragmentos de los textos que leí en mis primeros años de estudio y que, al albur de la selección de algún gurú académico o literario, venían recogidos en los libros Senda de la *Editorial Santillana* que estudiábamos en El Picacho.

Yo, hasta entonces, jamás había leído un libro completo; pues, a diferencia de Borges, la biblioteca de mi padre no tenía puertas que pudieran abrirse; así que viví con migajas de Azorín, Cela, el Poema del Mío Cid, Pedro Antonio de Alarcón, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, el infante don Juan Manuel, Valle Inclán, algún poema extraviado de Lorca y Alberti y todos aquellos otros textos que componían el compendio de *Senda*. Puras migajas, sin principio ni final, sin inicio, ni nudo y desenlace que, entonces, para mí eran oro. Oro pasado por el tamiz mágico de mi profesor de Literatura don Ramón Asquerino que, como los buenos profesores, desdeñaba los fríos libros académicos y nos volteaba por la *Literatura* de verdad.

Pero un 29 de enero de 1976 terminé de leer, por primera vez, un libro completo, *Los Hijos del Capitán Grant* de la editorial *Círculo de Lectores,* impreso en el año 1975, y entendí que los fragmentos, que hasta entonces había leído, necesitaban de algo más que de la buena escritura para conformar un libro.

Todavía ese volumen está en casa de mi padre; y en el fondo de la mar, o en unas manos desconocidas, debe de andar una botella con un mensaje dentro que lancé esa misma tarde después de acabar el libro.

Dentro de la botella, verde como la mar, deposité un mensaje en el que escribí las únicas letras en francés, garabateadas por el capitán Harry Grant, que podían descifrarse en el tercer manuscrito; el cual apareció en

el estómago de un tiburón martillo dentro de una botella:

troj ats tannia

gonie austriel abor
contin pr cruel indi jete
ongit et 37º 11 lat.

Siempre pensé que quien encontrara esa botella, aunque no fuera dueño del *Duncan*, ni se llamara Lord Glenarvan, adivinaría que el capitán del *Britannia,* Harry Grant*,* estaba en apuros; y comenzaría un fabuloso viaje hasta encontrar los 37º 11 de latitud. Yo lo hubiera hecho.

Mi padre y ese libro fueron los causantes de que, desde niño, yo quisiera estudiar Naútica y ser marino mercante para recorrer los mil mares y escribir historias sobre ellos. Pero el pasado siempre es escrito por el futuro, y los dioses del futuro escogieron para mí otros caminos más polvorientos, pero igual de mágicos.

De todas formas, yo, todos los días que estoy en Sanlúcar, acudo a la playa de La Jara por si encuentro un mensaje dentro de una botella que me inste a buscar los 37º 11 de latitud.

REMIGIO GONZÁLEZ, ADARES, UN POETA QUE ME ENCONTRÓ EN SALAMANCA

Aquí os dejo

mi imagen

pero os aseguro

que ella no lo sabe.

Nadie llega a Salamanca buscando poetas. Los poetas modernos sólo entregan versos sin ningún valor material. Como mucho, en un espíritu sensible, consiguen la poca dicha de alimentar oídos, corazón y vida durante unos segundos. Así son los poetas de hoy en día; sólo entregan versos.

Quizá fue una mala idea para los poetas abandonar los palacios y la seda de los señores; dejar atrás las mansiones de los mecenas y su halago; o luchar contra el abrazo de la Administración y sus burócratas. Sin los poderosos sólo les queda el frío del invierno, la lluvia del otoño, el sol del verano y el relente de la primavera.

Salamanca,

los que te subastan y se retratan

a ellos, ellos los elegantes,

los que ya sin pulso

no escucharon el frío.

Yo a Salamanca llegué buscando pícaros, la universidad y su pasado habitado por sabios; y con una mujer. Nadie va a Salamanca buscando poetas. Además, como poca gente se atreve a serlo a cara descubierta, sabía que, si querías verlos, siempre sería necesario buscarlos con ahínco por cafés escondidos en lugares marginales, en ateneos dirigidos por viejas edades irreconocibles o en clubs de lectura desconocidos por recién llegados.

Pero en Salamanca, el día 12 diciembre de 1998, camino de la Plaza Mayor, poco antes de llegar, saliendo de la Plaza del Corrillo, tropecé con tres escalones llenos de libros de poesía, una cuerda atada entre dos columnas en la que como una bandera ondeaba un trapo rojo y, colgado con un alfiler, un cartel que ponía: ***POESÍA.***

Miré al hombre que estaba sentado junto a los libros, y pensé que si yo estuviera en Long Island, en Nueva York y en el siglo XIX el destino me habría deparado conocer al mismísimo Walt Whitman. Barba blanca y bien cuidada, gorro presto al desenlace, jersey bien trabado de color gris, guantes de lana en una manos incontrolables y una sonrisa. "A este hombre tengo yo que comprarle un libro", me dije.

Con la historia de todo lo que sea

llego con cada día aquí lleno de dudas

lleno de fiestas con un poco de todos

dentro por dentro permanezco demasiado

atado a estas columnas Plaza del Corrillo

donde la vida cruza hacia la vida

y aquel que no me vea perdido entre

las bocas, los otoños, los inviernos,

y algún verano cojo.

- ¿Es usted el autor?- le pregunté.

- Sí, estas escaleras están llenas de mis versos. ¿Has venido a ver Salamanca?, no voy a preguntarte de dónde eres llegado, pero si quieres conocer Salamanca, te recomiendo este libro.

Sin levantarse, me señaló con la mano temblorosa un pequeño volumen titulado ***No me preguntéis de dónde soy llegado,*** de un color amarillo marfil, con una foto gris de la Catedral a la frontera del Tormes y unos versos junto a ella en la portada:

Con abrazos

Salamanca y rueda.

Sin Salamanca al mundo

le faltarían los ojos

del espejo.

- Parece que con este libro voy a conocer Salamanca bastante bien- le pregunto.

- En estos versos hay algo de Salamanca que no puede contemplarse sólo paseando- me dice.

Salamanca es la Edad de todas las Edades,

Noche que no duerme sola Salamanca,

La Plaza del Corrillo.

Sombra de los inviernos con San Martín

la puerta de la Iglesia.

Arriba el capitel con dos palomas,

la burra y la distancia,

el arte y la escultura,

la vía de llover.

- Parece usted Walt Whitman- le digo- y si encima vende sus versos en la calle, debe ser usted más poeta que nadie.

- Aquí están mis libros. Por mí editados; yo me encargo de todo, los escribo, los corrijo, los edito, los vendo. Hablo con mis compradores.

- Le compro el libro siempre que me lo dedique y lo firme.

- Claro, claro- me dice- yo siempre firmo mis libros a los lectores, por eso estoy aquí.

Yo no adiviné su Parkinson hasta que lo vi coger el bolígrafo tembloroso. Los dedos, como pájaros sin dueño, evitaban las vocales y las rosas; así que antes de que se liara con los temblores, el bolígrafo, la luna, la catedral de Salamanca, la Plaza del Corrillo, que tanto le debe y mi nombre; Norberto, qué raro que me llame Norberto; le dije que no era necesaria la dedicatoria, que era más que suficiente su firma.

- Claro, claro, lo que tú quieras- me dijo- te lo firmo.

Y estampó con bolígrafo negro en la esquina superior derecha una especie de capitel con dos pequeños círculos concéntricos a la izquierda, una circunferencia central en un lado, y una línea vertical, que para mí significaba la pared de la vida.

Adares fue el primer poeta con el que yo hablé y que leyó unos versos de su libro sólo para mí y la mujer que me acompañó a Salamanca; sus dos únicos escuchantes. Aquel día de diciembre en aquella hora, sonó sólo para mí la trémula voz de un poeta:

Yo nunca me arrepiento.

Mis ojos son dos ruedas

que van curvando el sorbo

a Salamanca.

Hago de ella camino

y desde mis pesadillas reboso por su piel

la caja de mis aguas.

Adares murió en el año 2001. Ya nadie coloca sobre los tres escalones de la plaza del Corrillo sus libros de poemas, ni tiende su cuerda y su trapo rojo entre las columnas que daban al café Corrillo donde escribió cientos

de versos.

Ahora el café, en el que se respiraba poesía y jazz, se ha mudado y ha sido sustituido por un McDonald´s; sin versos ni cantares. Pero yo estoy seguro de que en Salamanca siguen acordándose de Remigio González, *Adares*, el poeta que vendía sus versos, empaquetados o sueltos, en la calle. El otro Walt Whitman que me encontró en la Plaza del Corrillo, cuando yo creía que ese tipo de poetas estaban todos muertos.